La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1891 — NÚM. 511

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON JUAN TENORIO, obra escultórica de D. Agustín Querol

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La representación de *Lohengrin* en la Grande Opera de París. – Aspecto político de un asunto artístico. – Dificultades para estimar en paz las obras de arte mientras dura el estado de guerra entre Alemania y Francia. – La música y los músicos en los combates internacionales. – Manifestaciones por medio de la música en Italia desmembrada. – Temeridades múltiples de los manifestantes parisienses contra Wagner. – Méritos del gran compositor. – Caracteres de su genio y tendencias de su obra. – Conclusión.

I

Cuando el aire se halla cargado de verdadera electricidad, todo bajo él se electriza, ó con fluidos negativos ó con fluidos positivos, de todas suertes con fluidos opuestos y entre sí combatientes. Nada en su esencia tan pacífico y tan pacificador como la música. Sus armonías aparecen como lo más disonante con las disonancias de un combate y con los odios de una guerra. Pueden las trompetas bélicas de Gedeón arruinar los muros ciclópeos de Jericó, pero no la dulce lira de Alfeo que levanta sobre sus notas grandes y hermosas ciudades. Cuando Apolo quiere combatir se vale del arco y de la flecha, no de la cítara luminosa y del regalado plectro. Verdad que tomó parte activa en la troyana guerra y mandó las pestes asoladoras á los campamentos de Frigia encendida en combates continuos; pero lo hizo el dios hermoso y melodiosísimo, según vemos en su cantor Homero, á fin de que la tierra helénica se libertara en aquel encuentro con Asia de sus primitivos tiranos y resplandeciera después en paz con el resplandor de la libertad. Si nos hubieran dicho que la representación y canto de una ópera podría producir un conflicto internacional, creeríamos soñar despiertos. Pues bien: si tras los triunfos morales de Francia en la correría última de su escuadra y los ditirambos del emperador Guillermo en el banquete militar de Erfurt, se infiere en París un verdadero insulto á la embajada germánica con motivo del zarandeado *Lohengrin*, quizás hubiese traído la catástrofe temida, como el abanicazo dado por el rey de Argel al emperador de Francia trajo la pérdida para el islam y los islamitas de su incomparable Argelia. Pero hay que mirar esta cuestión, de tan graves proporciones por algunos días, con verdadera calma y juzgarla con sereno juicio. Este asunto no puede considerarse como un asunto artístico; por circunstancias de todos conocidas este asunto se ha elevado á las alturas de un asunto político. Me duele decirlo, porque muy republicano yo, pero muy conservador al mismo tiempo, conservador de la república, conservador de la democracia, conservador de la libertad, siempre que me hallo en algún asunto con los radicales de acuerdo, propendo á creer que no tengo razón: así los juzgo de locos y desvariados. Pero sucédeme con este asunto de *Lohengrin* lo mismo que me sucedía con el problema de la expulsión de los aspirantes al trono. Yo estaba en esta cuestión al lado por completo de todos los republicanos radicales; yo seguía y sigo creyendo que los aspirantes á reyes no tienen capacidad para ciudadanos iguales á los demás, en tanto que latan y coleen sus aspiraciones de anteponerse y sobreponerse á todos en una vinculación del poder por siglos de siglos. Ni las repúblicas pueden consentir los pretendientes en su seno, ni las monarquías los competidores. Como D. Carlos de Borbón y Este no puede vivir en España, ni siquiera en Francia, por su horrible tradición absolutista, D. Felipe de Orleans no puede vivir en la república francesa por sus aspiraciones perturbadoras á la reconstrucción de un trono derruído por la voluntad nacional. Y así como creí en la cuestión de los príncipes que debían éstos ser expulsados de la república, creo en la cuestión del *Lohengrin* que no ha debido tolerarse tal ópera en el teatro nacional francés. Por las particularidades varias que tiene cada pueblo y por el imperio que sobre todos ejercen las costumbres, en Francia el teatro de la Opera es una institución del Estado, subvencionada con cerca de un millón por su presupuesto, y sus empresarios no pueden gozar de aquella libertad natural á los empresarios particulares y sujeta al principio y al derecho común de la libre concurrencia. Además, yo creo desacertada política la que arriesga muy grandes intereses ó corre algún peligro por cosas de poca importancia. Con valer mucho el nombre inmortal de Wagner, con merecer un aplauso real su maravilloso *Lohengrin*, yo nunca hubiera expuesto el Estado y el gobierno á dificultades con los partidos interiores y á dificultades con las potencias extranjeras por una simple cuestión artística. Cuando el riesgo sube como ha subido ahora, el error me parece más trascendental y más imperdonable. Sería no tener sentido común el pensar que una representación de cualquier ópera del genio alemán podía pasar sin protesta en el suelo francés. ¿Quiere la blonda Germania que nuestra religión se impregne de su especial cristianismo, que nuestra crítica persevere aún en tomar lecciones de su profundo indagador, cuyas ideas han sondeado los abismos de la razón pura; que adoptemos el método y la dialéctica de sus escuelas filosóficas; que reconozcamos en su catedral de Colonia la matriz de todas nuestras catedrales góticas; que nos extasiemos con su música, proclamándola cántico del pensamiento ideal ó aleteo del alma desceñida y separada de la materia, con lo cual rendiríamos quizás un tributo justo á su mérito intrínseco y á su genio creador? Pues que funde su política interior en el derecho tan maravillosamente formulado por sus grandes pensadores, y su política exterior, no en la guerra y en la conquista, en el cambio de todos los productos del trabajo y de todos los rayos luminosos que se dirigen unos á otros los respectivos espíritus de cada pueblo en el tiempo y en el espacio á manera de los astros en el cielo infinito. Europa está perturbada por el acto brutal que la fuerza victoriosa perpetrara, separando Alsacia y Lorena de su nacionalidad, fundada en el consentimiento y en el amor de todos sus hijos desde los Vosgos ó el Rhin hasta los Pirineos, y esta perturbación únicamente puede calmarse por justas y debidas reparaciones inmediatas. Mientras dure, dejando aparte la necesidad imprescindible de los armamentos que nos arruinan y el recelo de la guerra que nos perturba, la enemistad entre dos grandes pueblos cultos habrá de manifestarse, como que se halla en el ánimo de cada uno, por los medios más extraños, por la defensa en Alemania de poner la lista de los platos y el número de los aperitivos á las comidas en francés ó de beber el espumoso y alegre vino de la hostil Campaña, y en Francia por la negativa de los pintores á presentar sus cuadros en las Exposiciones berlinesas ó por el ruido y el estruendo y el barullo á cada nueva representación del discutido *Lohengrin*.

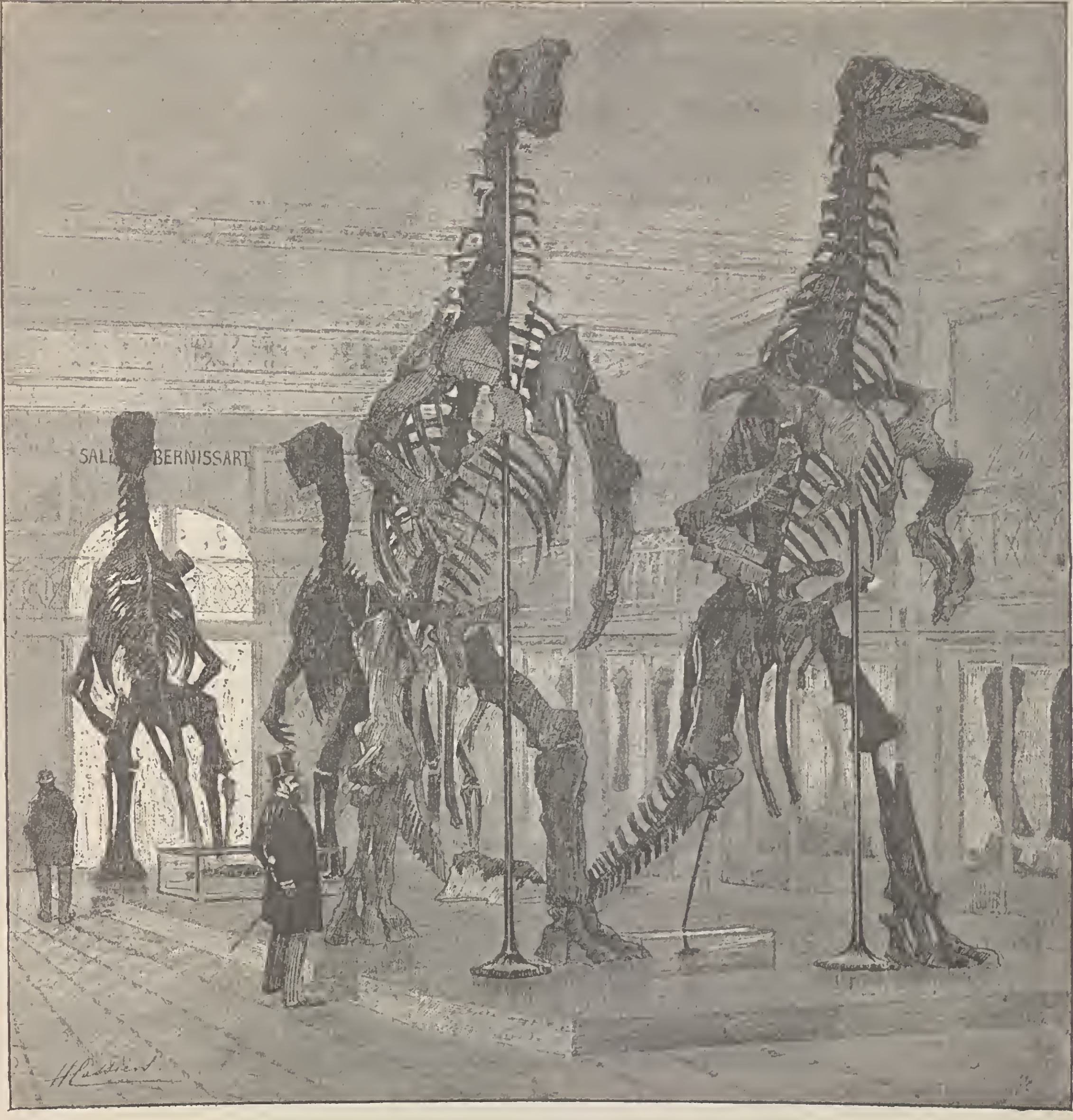
II

Casualmente la música sirvió siempre de fácil causa y de natural ocasión á muchas manifestaciones políticas. Arte muy de sentimiento, penetra con prontitud en el corazón popular y bate las pasiones humanas como el viento las olas. Rossini dividía las cosas en aquellas que cantan y aquellas que no cantan. Y decía que sobre todas las otras cosas cantan en este mundo tres: la libertad, la religión, el amor. Y en efecto, los gobiernos opresores no consienten las óperas republicanas. Durante muchos años de mi vida he visto yo negada en el teatro Real de Madrid la representación de la *Mutta*, porque despertaba la revolución y los barricaderos en el recuerdo popular. Cuando en la Roma pontificia se cantaba la *Semíramis*, no podía decir el tenor: «estamos en Babilonia,» y cuando se cantaban los *Puritanos* había que suprimir la palabra «parlamento» y que reemplazar la voz «libertad» en el maravilloso dúo con una voz tan opuesta de suyo al sentido de aquellos versos y á la significación de aquella música como la voz «lealtad.» Yo recuerdo cuánto aprovechábamos en las mocedades nuestras cualquier coyuntura teatral para una manifestación política contra Isabel II y á favor de nuestras ideas democráticas. A cada representación del *Guillermo Tell* aplaudíamos el cántico inmortal tan milagrosamente por Tamberlik expresado, no sólo por devotos del arte, por devotos de la república. Pues qué, los italianos, tan dispuestos á criticar ahora cualquier protesta de los franceses contra la música de los alemanes, en el tiempo y sazón en que los alemanes les detentaban el Véneto y el Milanesado, ¿no hacían lo mismo, quizás más, que hacen ahora los despojados por la victoria de su Alsacia y de su Lorena? No están muy lejos los tiempos en que aparecían por todas las ciudades italianas leyendas diciendo «¡viva Verdi!» ¡Y cuánto no tardaron en reconocer los recelosos conquistadores con los viejos tiranos que aquel *¡viva!* era un anagrama, en que la *v* de corazón significaba Víctor, la *e* significaba Emanuel, la *r* significaba rey, la *d* significaba la preposición de génitivo *de* y la *i* significaba Italia, diciéndose con esa muestra de admiración á un músico palabra tan subversiva, en Milán, en Venecia, en Parma, en Módena, en Florencia, en Roma, en Nápoles, en Palermo, como ¡viva Víctor Manuel, rey de Italia! A mí nadie me lo ha contado; helo yo mismo aun visto cómo se aprovechaban de la música los italianos para expresar su justísimo disgusto por la opresión y el desmembramiento de su patria. Mi primer viaje á Italia fué un año después que á la ilustre nación se reincorporara el Véneto definitivamente. Habíame yo detenido en el muelle de los esclavones, sobre aquel puente, á cuyas espaldas se alza el puente de los Suspiros, para ver cómo se ponía el sol tras la mole marmórea del templo de la Salud y cómo nadaban en sus arreboles, cual místicas velas camino del cielo, aquellos campaniles de San Lázaro armenio y San Jorge Mayor que parecen corales-rosa é irisadísimos ópalos. Tocaba en la piazzetta, no recuerdo á santo de qué, tal día y á tal hora una música militar, cuyas cadencias llegaban á mí con esa dulzura prestada por el celeste lago á todos los sonidos y admirablemente puesta y reproducida en las cadencias con que acompaña Rossini los versos del Dante al comenzar la última escena del *Otello*. Llevaba yo dos gondoleros conmigo, y habiendo dejado atracada la góndola en el muelle, uno se vino á mi lado para servirme y acompañarme á mi vuelta. Yo veía la puesta del sol y escuchaba los acordes sonidos sin curarme de cosa ninguna, cuando el gondolero me dice «música nacional,» con un aire de satisfacción indecible. Entonces yo, tan amante como él de la independencia y de la unidad italianas, por las cuales había combatido en la prensa de mi patria como si de una cuestión interior y nacional se tratase, díjele, por oirle: «Cuéntanme que tocaban mejor los austriacos» «¿Los austriacos?» me respondió, preguntándome á su vez «No lo sé. Nunca los oí.» En efecto, así que iban las bien concordadas músicas del Austria á tocar en la plaza de San Marcos, los patriotas venecianos se marchaban por no escucharles, creyendo traicionar con el oído al corazón. No recuerdo haber criticado esto en mi larga vida pública; más bien lo he sostenido y alabado muchas veces. Por ende no me desplacen ahora las protestas contra *Lohengrin*. Cuando se padece mucho, no suelen mirarse nada los medios empleados en expresar el padecimiento. Sólo un estoicismo singular y una fortaleza verdaderamente superior logran sobreponerse al dolor y acallar su expresión siempre desordenada. Pero el estoicismo frío y la sobrenatural fuerza no penetran mucho en el seno de las colectividades, quienes gritan y claman siempre que sienten, sobre todo siempre que padecen. Y tienen por fuerza que sentir los pueblos el cercén de órganos importantes y primeros suyos, la separación de regiones integrantes en la patria común, cual esas regiones de Alsacia y Lorena; á la manera que nuestro cuerpo puede sentir los trozos de carne arrancados á él con tenazas ardientes ó el alma los objetos queridos que le arrancan el desengaño y la muerte. No tiene remedio: quien de veras y mucho padece, cuando alguna consideración superior no le veda la expresión de su padecimiento, se queja y duele como Dios le permite y no se anda en repulgos. Si el príncipe Jerónimo Napoleón pudiera ó la princesa Murat quisiese hablar, contaríannos cosas nuevas y no sabidas respecto del recuerdo guardado por los españoles de su guerra con los Bonapartes medio siglo después de aquel esfuerzo en que no perdimos un átomo de nuestro suelo y llenamos con páginas de honor nuevas las hojas de nuestra historia. El amor á la patria como el amor á la familia encuentran dentro de sí exaltaciones difíciles de comprender y menos de adivinar fuera del pueblo y del individuo que los siente; por lo cual precisa en su caso ponerse y decir cómo hemos procedido todos cuando hemos visto amenazada una parte mínima del territorio nacional. No se trataba de Venecia y Milán, de Metz y Estrasburgo; tratábase de madré-

poras perdidas en el Océano é ignoradas generalmente; tratábase del archipiélago carolino, timbre de honor, no materia de provecho. y porque lo amenazó Bismarck nada más que con una puntilla de codicia y un amago de ocupación, juramos á una todos los españoles no volver á comprar en toda nuestra vida productos alemanes. No condenemos, pues, en los demás aquellos mismos actos de que nosotros los españoles hemos dado á los otros pueblos enseñanza y ejemplo.

III

Lo que verdaderamente disgusta en tal circunstancia es: que haya un partido como el boulangerista hecho de la representación del drama de Wagner un asunto propio y tomado posesión de él con manifestaciones desordenadas y hasta indecentes, las cuales han producido una reacción completa en los espíritus maduros y graves. Nadie tiene menos derecho á echárselas de patriotas, como aquellos que han querido arrastrar el ejército francés á los pronunciamientos, precursores de la guerra civil, y humillar al pueblo francés bajo pretoriana y demagógica dictadura que hubiese resucitado el cesarismo con todos sus vicios y sin ninguna de sus glorias. Luego las manifestaciones en las calles, que las leyes francesas prohiben, y la triste agravación de tales desobediencias y desacatos con palabras malsonantes y con acometidas brutales han acabado en el concepto europeo de perder este desahogo. Pero sobre todo y ante todo, el estado internacional recrudecía y enconaba los peligros. Así como debe decírsele al gobierno que no ha debido meterse en los laberintos de un desorden público por cosa tan secundaria como la representación de una ópera, cuya inmortalidad podía esperar coyuntura más feliz de aparecer, debe decírsele á los ciudadanos que no han debido aumentar por la misma baldía cuestión las dificultades exteriores de su gobierno en los días subsiguientes al discurso bélico de Erfurt. Eso de intentar irse á la Embajada germánica ó de penetrar en cervecerías bavarescas con ánimo airado, puede tan sólo concebirse por los días de aquellos agentes provocadores y de aquellas blusas blancas que reunía el Imperio en sus falsos motines de aparato y de provecho. Turbar el orden público en las arterias de París; obstruir con grupos airadísimos la explanada que precede al gran teatro lírico; decir palabras indecentes y regoldar insultos soeces sobre aquellos que van con derecho y por gusto á una representación; exponerse á un combate cruento en la calle de Lila por arremeter á la Embajada germánica que preserva de todo atentado el derecho internacional reconocido por todos los tiempos y por todos los pueblos, unos en admitir la inviolabilidad completa del enviado diplomático; alardear de injustos respecto al genio de un músico tan incontestado ya como el genio de Wagner; perpetrar estas y otras faltas análogas, hame parecido cosa propia para perder en la opinión europea la tesis por mí sustentada, la tesis de que ahora no ha debido cantarse aquí *Lohengrin.* El nombre de Wagner no resulta, no, tan ajeno á la política, por ejemplo, como el nombre de Rossini ó de Bellini ó de Donizzetti. El gran músico, y en esto lo aplaudo, pertenecía, como el gran poeta Schiller, á las ideas republicanas. La propia patria, en cuyos anales debía inscribir nombre como el suyo, de primera magnitud, lo proscribió durante la revolución del 48 por haber defendido en los clubs el espíritu y el principio democrático, que sublevaba entonces los ánimos de un extremo á otro extremo del mundo germánico y tenía en guerra todos los pueblos con todos los gobiernos alemanes. Después, cuando el azar y la fortuna lo constituyeron en privado y favorito de un rey estrambótico, cual el pobre demente Luis II de Baviera, no se limitó á componer música para él solo, contribuyó á que aquel filógalo y prusianófobo se desasiera de Francia, en cuyo honor había levantado hasta templos, y se uniera con Prusia, protestante y casi eslava, para quien fué quizás el primero en pedir la corona de un Imperio, por cuya conservación en el Austria católica y en la dinastía de los Infantes españoles habían hecho tantos sacrificios, continuando una tradición atavista con la continuacion del proceder seguido casi siempre por sus regios y religiosos abuelos. Después, en cuanto Francia fué vencida, Wagner manifestó un gozo de hiena, cebándose con furor en los cadáveres y en los supervivientes, á quienes debía preservar de chanzonetas bárbaras la desgracia de su rota y la santidad de su martirio. Y aparecía tanto más punible y más merecedor de censura este agrio proceder suyo, cuanto que podía imputarse, no á patriotismo, no á sentimiento de raza y familia, no al viejo amor de la libertad, á un desquite del amor propio, herido por la silba espantosa que los parisienses propinaran al *Tanhausser*, la cual asombró su vida entera, siquier no eclipsara su indecible genio. Francia hizo mal desoyendo una obra maestra; los gomosos de la ópera entonces no sabían lo que se pescaban con preferir los bailes aparatosos y sensuales á las melodías sublimes del gran cantor alemán; aquella condenación definitiva y suprema fué un error maldecido por la estética



Los iguanodontes fósiles del Museo de Historia Natural en Bruselas


Proyecto aceptado por el Gobierno inglés para la construcción del nuevo edificio del Museo South Kensington, en Londres. Obra del arquitecto Mr. Aston Weeb

universal y rectificado con un exceso de admiración excesiva; pero, por lo mismo, en la derrota de los franceses tocábale á Wagner callarse para que las gentes no abominaran de un amor propio que recuerda sus heridas tras el exterminio de sus enemigos, cual si no bastaran mares de sangre y sacrificios é inmolaciones de ejércitos enteros á saciar el odio y á satisfacer la venganza.

IV

Yo, sin embargo, sentiría mucho que todo esto cediera en daño del músico, y lo sentiría por el número de razones que apuntaré ahora en seguida. Wagner no me admira tanto á causa de su arte mismo en sí como á causa de la tendencia general de su genio y del carácter cíclico de su obra. En el culto á todo lo real, impuesto por dos sistemas hoy tan universalmente admitidos como el realismo en arte y el positivismo en filosofía, tan grande hombre se desciñe con su fuerza genial de todas las ligaduras de una moda imperiosísima y desprecia todos los patrones y todos los figurines que han tallado las togas, en cuyos pliegues los sabios se envuelven, declarándose á una sacerdotes y hierofantas de la materia. Su fuerza genial sube á la verdadera idealidad, y nos hace vivir en lo pasado con la divinización del recuerdo, en lo porvenir con la divinización del presentimiento, en lo infinito con su evidencia de una inmortalidad celestial para nuestro espíritu allende las sombras del ocaso y las podredumbres del sepulcro. En su obra vuelven á nosotros los pasados siglos, resucitan como en el Evangelio los muertos, evaporan ideas las ruinas; el bosque obscuro celta de los druidas canta á modo del órgano melodioso en la catedral gótica; los dioses antiguos corren, bendecidos por los salmos del sacerdocio cristiano, á circundar la Cruz como esas guirnaldas de ángeles alados puestas por los pintores nuestros en torno del signo de la redención; los caballeros del Santo Graal juntan sus voces en coros más ó menos acordes con los héroes helénicos; bajo la peana de María flota como en el *Fausto* de Goethe la concha de Afrodites; y una especie de misticismo, semejante á la fe cándida del Beato Angélico que huele aún á incienso y á salterio suena, únese con las puras ideas hegelianas, las cuales en movimiento vertiginoso llenan el universo como en esas paredes sacras del Vaticano donde se halla frente á la escuela de Atenas la teología católica y frente á las Sibilas que anuncian el alba de nuestra religión espiritual aquellas musas que inspiraron sus versos paganos á Homero y á Virgilio. Yo conozco perfectamente que Wagner aparece un poco incierto y confuso á nuestra conspicua claridad meridional; que su empeño en hacer de un equilibrio entre la música y la poesía el supremo drama definitivo marra; que la superioridad por su método de composición dada sobre la voz humana, el instrumento de losinstrumentos, á la orquesta, nos desplace; que la sabia matemática fusa nos cuesta de comprender tanto como una lección del binonio de Newton ó del cálculo infinitesimal; que sus personajes nos parecen estatuas funerarias cantando y sus argumentos consejas para niños, sin entretenimiento posible de nuestro espíritu y sin ningún interés para nosotros; que hay demasiada complicación en sus cantares, difíciles á oídos en los cuales privan la sencillez heleno-semita de las serenatas andaluzas y las melodías mediterráneas y sicilianas del claro y melodiosísimo Bellini; pero no puedo, no, negar; no puedo, no, desconocer; no puedo dejar de sentir y creer que si las ideas puras, los ensueños indeterminados, las intuiciones íntimas, la inspiración religiosa, la estética interior, lo más recóndito y más silencioso del alma, lo más profundo y divino del misterio que nos rodea en el espacio vacío, las indecibles aspiraciones á la eternidad, la revelación de lo absoluto pudiesen cantar, encontrarían acaso las cadencias propias de su vaguedad espiritual en esa poesía semi-alejandrina y en esa música entre católica y pagana que parece una vibración de sobrenaturales espíritus. Luego nosotros, los latinos, tenemos razones múltiples para quejarnos de otros genios germánicos, los cuales nos han tratado como á una raza inferior, indigna del derecho humano é incapaz de levantarse á las sublimidades del pensamiento moderno; mas no de Wagner, quien ha bebido todas sus inspiraciones en el ciclo generador de nuestros libros caballerescos y de nuestros romances históricos, perteneciendo su música indudablemente al gran poema de nuestra música eclesiástica, por lo cual resultan las mejores entre sus obras grandes misas de *requiem* que lloran los muertos en la fe católica, ó grandes misas de gloria que cantan la inmortalidad, tal como nosotros la entendemos, ó dan una voz á las ideas por nosotros respiradas y aprendidas en los acentos de la campana, en los acordes del órgano, en los salmos de la liturgia, en los ritos que han esmaltado nuestra infancia, en las elegías y en las lamentaciones que mañana mismo herirán las losas de nuestro sepulcro, en toda la tradición romántica y católica. Pero será bien que continúe tal puro arte allá en su templo de Bagreuth como continúan los frescos del Giotto y de Orcagna en el cementerio de Pisa, y resuene desde allí en teatros donde no despierte, como en el teatro de París, los recuerdos tristes de la invasión y no agrave los dolores del desmembramiento.

Madrid 30 de septiembre de 1891

¡CARIDAD!

I

Mister O-Conallsh era irlandés de nacimiento y cosmopolita por carácter. Capitán de marina mercante, había dejado la vida marítima á consecuencia del reuma y otros achaques, y establecido en Valencia hacía bastantes años, era gerente en esta ciudad de una compañía comercial de guano del Perú, en la que tenía impuestos todos sus ahorros. Casado con una hija del país, tuvo la desgracia de perderla á los cuatro años de matrimonio, y desde entonces, atraído por su afición al mar, habitaba una casa del Grao de Valencia, situada frente al puerto y que formaba esquina con una callejuela.

Mister O-Conallsh era padre de una niña de diez años de edad; tenía una vieja criada valenciana que había sido nodriza de su difunta esposa, un criado inglés ex marinero, un perro de Terranova, algunos libros de astronomía, á cuyo estudio habíase dedicado últimamente, y muchas pipas de fumar. Casi nunca se alejaba de su casa; paseaba por el patio de ésta, en que florecían dos ó tres árboles y algunas plantas; contemplaba desde su balcón el *mar pequeño*, como él llamaba al Mediterráneo, ó bien sentado á la puerta de la calle fumaba su pipa, viendo corretear á su hija y reposar á su perro.

No obstante, cuando el tiempo estaba apacible, dos ó tres veces al mes, se embarcaba en una lancha en compañía de su criado y se dedicaba dos ó tres horas á pescar.

Mister O-Conallsh amaba á su hija, pero con cierta tranquilidad filosófica. Sus estudios astronómicos habíanle hecho algo soñador. Pensando en la inmensidad del cosmos, sentíase despegado de las pequeñeces de la tierra y no experimentaba las íntimas sensaciones de la fraternidad.

La tierra para él era un átomo y su hija todavía un átomo más pequeño.

II

Clarisa, el pequeño átomo del antiguo marino, era una niña encantadora. Tenía el negro cabello, los luminosos ojos de su madre y la morbidez de formas valenciana, excepto en las manos y pies ligera y elegantemente prolongados. Su tez era de una blancura deslumbrante, no la blancura opaca del arroz de las hijas de Edetania, sino el color marmóreo irlandés. Desde muy niña su madre acostumbraba á adornar su cabeza con un clavel, y ella seguía esta tradición materna. En su primera infancia, hasta llegar á los diez años, la niña había sido sumamente traviesa y de carácter expansivo y alegre; el carmín de la salud coloraba su fresco semblante, y tenía la inquietud casi alada de los niños dichosos. Picoteaba la felicidad, digámoslo así, y rebosaba en gracia y viveza. Un día la llevó su padre á pescar en el mar: Clarisa al principio estuvo contenta y juguetona, mojando sus deditos en la ligera ola que se quebraba blandamente en los costados de la barca ó bien mirando embelesada el incierto vuelo de las marsoplas; pero cuando comenzó la pesca, cuando se tendió la red y vió los peces agitarse convulsivamente entre sus traidoras mallas, la niña rompió á llorar y apartó sus ojos de aquel trágico espectáculo. Desde aquel día negóse obstinadamente á acompañar á su padre en sus excursiones marítimas, y lo que es más, no hubo medio de hacerla probar ninguna clase de pescado.

Desde entonces, quizá, se inició en su carácter y aun en su parte física una extraña y lenta mutación imperceptible á todos, y que sólo la mirada previsora de una madre hubiera podido comprender.

Por gradaciones muy lentas fué faltándole el color que sonrosaba sus mejillas, creció con rapidez, sus formas fueron perdiendo la redondez primitiva, sus movimientos adquirieron lentitud, su rostro tomó una expresión reflexiva, y sus ojos, antes vivos y brillantes, se velaron con una sombra vaga é indefinida. No sé si las aficiones astronómicas de Mr. O-Conallsh, transmitidas hasta cierto punto á su hija, contribuyeron á todas estas cosas juntamente con la influencia de la edad que avanzaba hacia la adolescencia; pero lo cierto es que en Clarisa pasaba algo desconocido tan peligroso en la mujer-capullo.

En las noches serenas del estío, cuando la luna no alumbra la tierra y el cielo destaca más intensamente todas sus magnificencias, la niña, sentada junto á su padre en la puerta de su casa, oía embelesada las descripciones astronómicas del antiguo marino, siguiendo con la mirada la luminosa huella de las estrellas fugaces, oyendo con el interés de un cuento de hadas los portentosos viajes de los cometas ó bien la mitológica nomenclatura de las constelaciones. La de Orión, la más hermosa del cielo, la embebecía; pero sobre todo, la conocida con el nombre de *Cuadrado de Pegaso* excitaba su interés hasta el punto de producirla insomnios, porque Mr. O-Conallsh habíala contado la maravillosa historia que á ella se refería.

«Noticioso el valiente Perseo de que la princesa Andrómeda se hallaba encadenada á una roca por voluntad de su padre y condenada á ser víctima de una espantosa ballena, monta en el corcel alado Pegaso, y *caballero volante* de los espacios siderales, llega á tiempo de matar al enorme cetáceo, que ya comenzaba á devorar á la desventurada hermosura.» Clarisa, aleccionada por su padre, sabía buscar esta constelación en el cielo estrellado, y contemplaba con una especie de éxtasis temeroso á la terrible ballena al lado de su presa y al generoso salvador, que viene resplandeciendo por el Occidente.

La astronomía produjo quizá en la niña idéntico efecto que la lectura de novelas en una colegiala; desarrolló su imaginación exaltándola; pero, ¡cosa rara!, en vez de despegarla de la tierra como á su padre, hízola experimentar una sensibilidad exquisita por los dolores que entristecen este *valle de lágrimas*.

III

La niña había cumplido ya once años.

Un día Mr. O-Conallsh llamó á Vicenta y Smitd, sus antiguos y fieles criados, y les dijo:

– Hace algún tiempo que vengo notando la falta de algunas monedas en el cajón de mi mesa y aun en el bolsillo de mi chaleco. No quiero ni debo sospechar de vosotros; pero os encargo que estéis con cuidado, porque desde hace tiempo, no sé á qué atribuirlo, esta casa está asediada de mendigos y especialmente de chicuelas y de granujas del puerto. ¡Mucho ojo! Pues si estos hurtos continúan me haréis concebir malas ideas.

Desde entonces el antiguo marino no volvió á hablar de faltas de dinero, y este incidente fué olvidado.

Llegó el mes de abril y con él las hermosas y serenas noches del clima valenciano. Clarisa mostró deseos de ir á Valencia alguna que otra vez á oir la orquesta nocturna que tocaba en el paseo de la Glorieta, y con efecto, todos los días de fiesta se trasladaban á la ciudad, por medio del tranvía, aquélla y Vicenta, porque Mr. O-Conallsh casi siempre rehusaba acompañar á su hija. El marino daba á ésta ocho ó diez reales, y esperaba tranquilamente su regreso fumando su pipa, hablando con Smith de sus antiguas navegaciones ó contemplando los astros.

En cierta ocasión Mr. O-Conallsh preguntó á Vicenta:

– ¿Qué hacéis en Valencia por las noches? Porque no siempre estaréis paseando y oyendo música. ¿Refrescáis, vais á algún teatrillo?

– ¡Ca! No, señor, contestó la criada; no hacemos más que tomar el fresco y alguna vez un vaso de agua. Clarisa no quiere ir á parte alguna.

– Pues entonces ¿en qué emplea esa chica el dinero que le doy?

– No sé, quizá esté juntando *hucha* para comprarse alguna tontería.

El ex marino era generoso y distraído y no volvió á acordarse de este particular.

Entretanto Clarisa íbase poniendo cada vez más triste y más pálida. Un círculo violado se marcaba en sus ojos. Miraba con más frecuencia al cielo, con miradas que parecían reproches, ó se pasaba horas enteras con la cabecita baja haciendo labor.

Había en ella algo de la vaguedad de los cuerpos próximos á disolverse.

A Vicenta, la vieja criada, no se le ocultaba este abatimiento físico y moral de la niña, pero le achacaba á los efectos de una naturaleza precoz, que adelantaba en ella los de la adolescencia. En cuanto á Mr. O-Conallsh nada veía ni observaba nada; egoísta del infinito, una reciente teoría astronómica, que estaba en consonancia con las antiguas suposi-

ciones respecto á la luna, le tenía muy preocupado. El antiguo marino no podía resignarse á creer que el astro amigo y satélite de la tierra estuviese deshabitado como un mundo sumido en eterno sueño; y acogía con avidez la hipótesis indicada por el P. Secchi y otros artrónomos, de que sobre la luna puede existir una cantidad de aire tan tenue que sea imperceptible desde la tierra, y que por consecuencia hay la posibilidad de que la *reina de la noche* tenga pobladores organizados de distinto modo que los seres humanos.

IV

Dos acontecimientos dolorosos vinieron á agravar el estado de ánimo de la niña.

En un despoblado de las inmediaciones del Grao, en una miserable choza construída por su marido, vivía la viuda de un barquero del puerto. A consecuencia de la muerte de aquél, que habíala dejado en la mayor miseria, con dos hijos, uno de diez y otro de siete años de edad, la pobre mujer habíase quedado casi idiota y paralítica por añadidura. Aquella desgraciada familia pasaba indecibles privaciones, sosteniéndose malamente con las limosnas que los dos niños recogían en el Grao. Una vecina caritativa, casi tan pobre como ellos, cuidaba de poner un pote para los niños y la madre enferma, cuando allegaban recursos suficientes. Clarisa conocía estas miserias, y aquellas infelices criaturas eran sus pobres predilectos; ingeniábase para socorrerlos, y á veces exponiéndose á las riñas de su padre y de Vicenta hacía escapatorias á la choza para ver á la idiota paralítica.

Una tarde tempestuosa cundió por el Grao la noticia de que una centella había prendido fuego á la vivienda de la enferma. Acudió todo el mundo; pero cuando llegaron los primeros, entre los que se contaba la niña, la choza era ya un montón de llamas y de maderos ennegrecidos. La proximidad del mar facilitó la extinción del fuego, pero ya fué en balde; al penetrar en la cabaña encontraron á la enferma y al hijo menor transformados en restos informes. El mayor se salvó de la catástrofe por hallarse en el Grao recogiendo limosnas. Este doloroso suceso impresionó hondamente á la caritativa niña hasta el extremo de no permitirla conciliar el sueño ni de día ni de noche durante dos ó tres días y produciéndola las consecuencias del desvelo prolongado. Cada día iba palideciendo y demacrándose más, hasta el punto de llamar la atención de su padre, que ocupóse de ella quizá por primera vez, y la llevó, para distraerla, á la feria de Carcajente. En efecto, esta expedición pareció sentar bien á Clarisa, que regresó al Grao algo más animada.

Pero á los pocos días un nuevo incidente volvió á soliviantarla.

Una noche hallábase sentada á la puerta de su casa en compañía de su padre y de Vicenta. El tiempo estaba hermosísimo, porque desde la caída de la tarde habíase levantado una brisa fresca que atenuaba el calor.

—¡Qué noche tan hermosa!, dijo la criada. ¡Si siguiera así!

—¡Hum!, murmuró el antiguo marino, soltando de su pipa una bocanada de humo. ¡Nubes coloradas al Poniente! ¡Me escamo!

Y efectivamente, dos horas después, cuando la familia estaba cenando, desencadenóse casi de repente una violenta tempestad. A Mr. O-Canallsh le agradaba mucho aquel espectáculo, que le recordaba sus navegaciones, y Clarisa sentía la atracción de las organizaciones nerviosas. Ambos salieron á la puerta de la calle y se aproximaron al mar. La niña sentía estremecimientos continuos; el viejo marino, siempre fumando su pipa, miraba con insistencia á la lontananza del mar. Raras veces éste había estado tan imponente como aquella noche; aquel temporal era digno del Océano.

De repente sonaron dos cañonazos. Alborotóse la gente del Grao y acudió al muelle, y las lanchas del puerto se apercibieron en la previsión de un siniestro.

Oyéronse repetidos cañonazos; una ráfaga huracanada, arrastrando un inmenso nubarrón, permitió á la luna alumbrar un espacio de mar, y á su opaca luz pudo verse la confusa aparición de un buque luchando contra las olas.

No cabía duda, era era un naufragio.

Cuando los primeros botes de auxilio se dirigieron hacia aquél, desapareció como por encanto: era ya tarde; un buque más habíase hundido en el siniestro escotillón de la muerte.



DESCANSO DEL MODELO, escultura de D. Aniceto Marinas
(Exposición nacional de Bellas Artes de 1890)

Al amanecer apaciguóse el tumulto de las aguas, y los habitantes del Grao, que habían velado toda la noche, esperaron con ansiedad las primicias del naufragio. Seis ú ocho bultos se agitaban sobre el mar; eran un contramaestre y algunos marineros, grandes nadadores, á quienes consiguióse salvar. Por ellos se supo que el pailebot noruego que se dirigía á Valencia para cargar naranjas habíase ido á pique, casi instantáneamente, por consecuencia de una vía de agua. A la caída de la tarde fueron apareciendo cadáveres hasta el número de diez y siete, entre los que se contaban dos mujeres y tres niños, lo cual probaba que el buque había quedado enteramente deshecho. Clarisa, que había pasado casi toda la noche y casi todo el día en el muelle, contempló aquellas escenas en mudo asombro y con los ojos enjutos. Parecía que su pensamiento estaba en otra parte. Desde aquel día fué en aumento su tristeza y se pasaba horas enteras inmóvil, sentada en su cuarto, con las manos cruzadas sobre las rodillas y con la cabecita baja, como si quisiera resolver el problema de la creación, que vive en perpetua lucha de criaturas y elementos, encontrando los principios de la vida en los gérmenes de la muerte.

Mister O-Conallsh, contemplando los astros no reparaba en aquel lucerito que íbase eclipsando en la tierra.

V

Eran los últimos días de junio, el calor hacíase sentir extremadamente, el sol caía á plomo sobre el Grao de Valencia y sus habitantes estaban achicharrados.

El penultimo día del mes, el cielo amaneció nublado y la atmósfera saturada de efluvios de tempestad. La niña pidió á Vicenta que la acompañase á misa, cosa que extrañó á la criada, porque Clarisa solamente iba á la iglesia en los días de precepto, y aquél no lo era. Accedió, no obstante, á su deseo, y al primer toque de las campanas de Santa María acudieron ambas al templo. Terminado el santo sacrificio, quitóse la niña el clavel que según costumbre llevaba en la cabeza, dejóle á los pies de una imagen que hay en un altar y que representa la *Divina Pastora*, y después de rezar un breve rato, Clarisa y la criada, que estaba un tanto preocupada de la inusitada ofrenda hecha por aquélla, dirigiéronse hacia su casa.

Durante el trayecto la niña se detuvo dos ó tres veces á mirar al mar, en el que había gran oleaje.

En el resto de la mañana no ocurrió nada digno de mención. A las cuatro de la tarde el calor era insoportable, y los moradores del pueblo que no tenían ocupaciones apremiantes se encastillaban en sus casas para defenderse de las caricias del sol.

En la de Mr. O-Canallsh todo el mundo reposaba ya: el amo en su cuarto, Vicenta y el perro en el zaguán, y Smitd, el criado inglés, en el patio; únicamente velaba Clarisa, sentada en el balcón de su cuarto, que daba á la callejuela de que antes he hablado, en la que no penetraba el astro del día, aunque disipadas las nubes matinales brillaba aún en descenso y ya en el principio de su ocaso.

La niña miraba al cielo por un hueco que dejaba la cortina de lona que había en el balcón. De repente oyó un llanto infantil, y fijó su mirada en la calle. En la esquina de la casa, una mujer haraposa y escuálida, sentada en el suelo, daba el pecho á un niño más escuálido todavía. La criatura, no encontrando alimento en aquella ubre agotada, lloraba á intervalos, y la madre oía aquel lloro con esa indiferencia desesperada que engendra la miseria.

Clarisa inclinó la cabeza y permaneció pensativa durante un raro.

Luego se puso en pie, dirigióse á su alcoba, descolgó alguna ropa que estaba colgada de una percha é hizo con ella un lío. Después, sacando del cajón de una cómoda algunas monedas de plata y cobre, envolviólas en un papel, y volviendo al balcón llamó á la mendiga y la arrojó todos aquellos objetos.

Hecho esto, volvió á penetrar en el dormitorio y se tendió en la cama.

VI

Hora y media después, Mr. O-Conallsh, los criados y el perro comenzaron á bullir.

Vicenta, que por casualidad subió al cuarto de la niña, se admiró de verla en la cama; pues ésta nunca se acostaba más que de noche, y justamente alarmada se aproximó á ella...

Una señorita que habita en el Grao, que hace versos dignos de Arolas, pero que nunca los publica, me ha leído un romance, y yo robo á la modestia de la autora el trozo siguiente, á fin de que haya algo bueno en este mal pergeñado trabajo:

«La blanca niña del Grao
Como las estrellas blanca,
Era un serafín del cielo
Que en la tierra plegó el ala.
Al ver el llanto del mundo
Y las miserias humanas,
En fuegos de caridad
Su corazón se abrasaba.
Una tarde la encontraron
Tendida sobre su cama,
Los ojos vueltos al cielo,
Con las manitas cruzadas.
La blanca niña del Grao,
Como las estrellas blanca,
Sus alas pidió á la muerte
Y voló al cielo, su patria.»

Un poeta desconocido, de paso en Valencia, sintetizó estos versos en un epitafio que está en el cementerio del Grao, y que dice:

«Murió á los doce abriles y fué graciosa y bella;
Al Angel desterrado el cielo llamó á sí:
¡Oh, tierra de la muerte, no peses sobre ella!
¡Que ella bien poco hubo pesado sobre ti!»

F. MORENO GODINO

SECCIÓN AMERICANA

GUATEMALA Y QUEZALTENANGO

Accidentada como pocas es la historia de la ciudad hoy en día capital de una de las más importantes repúblicas de la región de los istmos que unen las dos Américas.

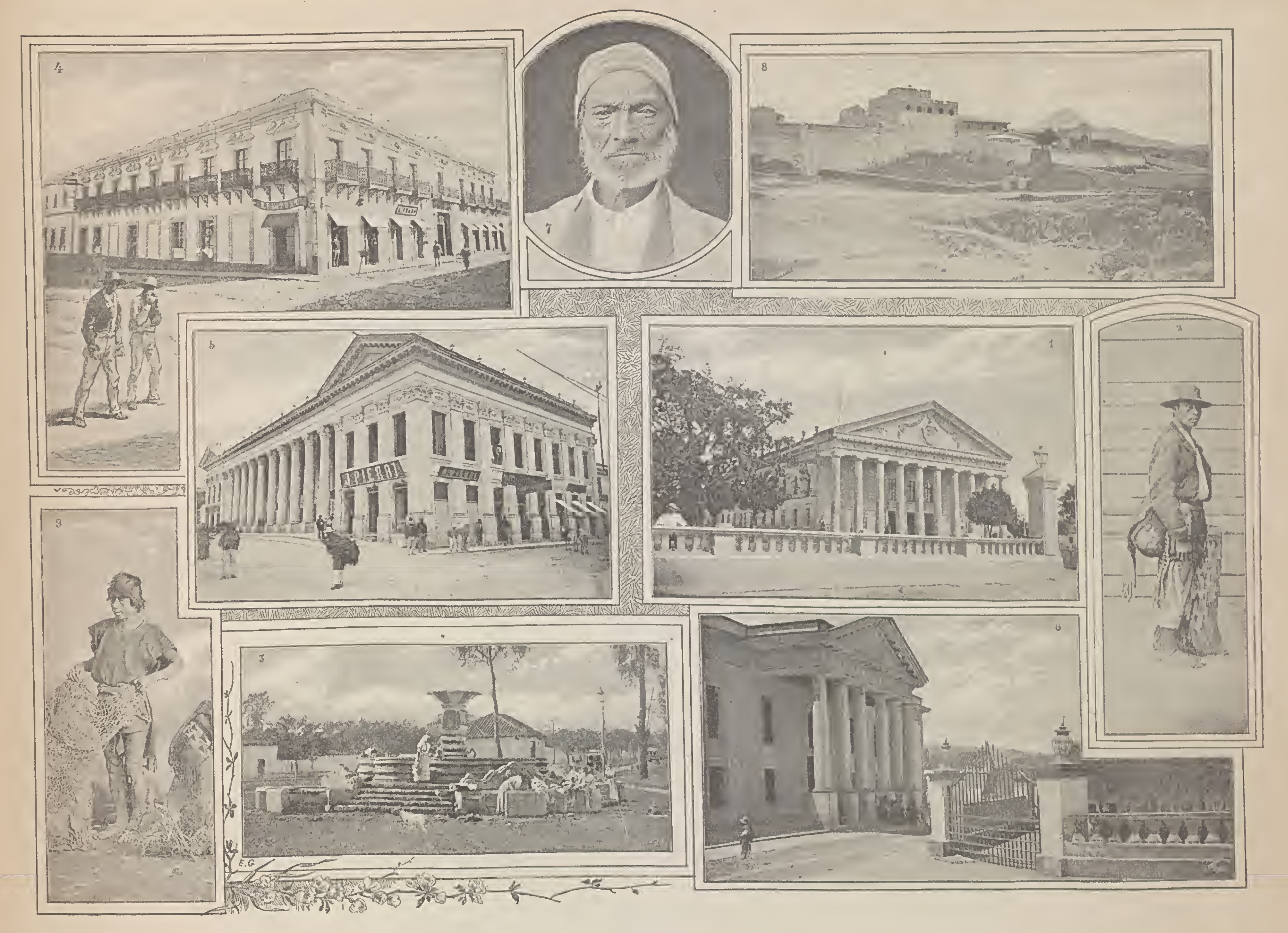
La primera capital española á que se dió el nom-



LAS INUNDACIONES DE CONSUEGRA

1, 5 y 6. Ruinas de la margen derecha del río. – 4. Puente provisional sobre el río Amarguillo. – 2 y 3. Ruinas de la margen izquierda del río; trabajos de descombramiento

(De fotografías remitidas por D. Casiano Alguacil, de Toledo.)



GUATEMALA Y QUEZALTENANGO

1. Teatro Nacional en Guatemala. – 2, 7 y 9. Indígenas guatemaltecos. – 3. Fuente de Xocotenango en los alrededores de Guatemala. – 4. Banco Colombiano en Guatemala 5. Palacio en la ciudad de Quezaltenango. – 6. Penitenciaría en Quezaltenango. – 8. Castillo de San José en Guatemala

(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal D. Antonio Partagás.)

bre de Guatemala es la que actualmente se denomina Ciudad Vieja: fundóla D. Pedro de Alvarado, con poderes de Hernán Cortés, en 1524, emplazándola entre los dos volcanes de Fuego y de Agua, en un sitio como pocos pintoresco, de agradable clima y fecundo suelo; mas á los veintiún años, el día de Nuestra Señora de Septiembre de 1544, las aguas del lago que en el cráter del volcán de Agua existía, engrosadas por torrenciales lluvias, rompieron el muro que las aprisionaba, y en impetuosa corriente cayeron sobre la ciudad, arrasándola en gran parte y ocasionando numerosas víctimas, entre ellas doña Beatriz *Sin ventura*, esposa del dicho Alvarado.

Entonces, y para evitar nuevos desastres, trasladóse la capital á una media legua de distancia de la anterior en el valle de Xocotenango, construyéndose allí la que hoy se conoce con el nombre de Guatemala Antigua, y que después de más de dos siglos de vida próspera quedó arruinada en 1773 á consecuencia de un terrible terremoto, en el que perecieron 9.000 personas.

Los vecinos, no considerándose ya seguros en aquellos lugares, decidieron buscar por tercera vez emplazamiento á propósito para su ciudad, recayendo su elección en la parte septentrional del valle de la Ermita y meridional del llano de la Virgen. La emigración á este nuevo sitio comenzó en 1773, pero hasta 1779 Guatemala la Nueva no fué reconocida oficialmente como capital. No quedó, empero, del todo abandonada la Antigua, que aun actualmente es la quinta villa de aquella república, famosa por sus aguas termales y por sus hermosas ruinas, de cuya magnificencia dan exacta idea los grabados que reproducimos, y entre las cuales sobresalen las de la catedral, convento de San Francisco y palacio de los gobernadores.

La actual Guatemala Nueva, la ciudad más populosa de la América central, está situada en una ligera pendiente en la depresión de una meseta de 1.500 metros de altura sobre el nivel del mar que forma la divisoria de aguas entre el Atlántico y el Pacífico, y al Norte de la cordillera en que se elevan los volcanes de Fuego y de Agua. La situación de Guatemala es en extremo desventajosa bajo cualquier aspecto en que desde el punto de vista utilitario se la considere: rodeada de terrenos estériles y apartada de las tierras que ofrecen al cultivador variados frutos y fáciles riquezas, la vida en la ciudad resulta cara y difícil, y aunque la construcción de algunos ferrocarriles, como el de San José á Escuintla y de ésta á Guatemala, han disminuído en parte tales inconvenientes, no han podido destruir la aridez de sus alrededores, compensada únicamente por el grandioso panorama que se disfruta desde aquella región limitada al Sur y al Norte por los dos conos volcánicos antes citados.

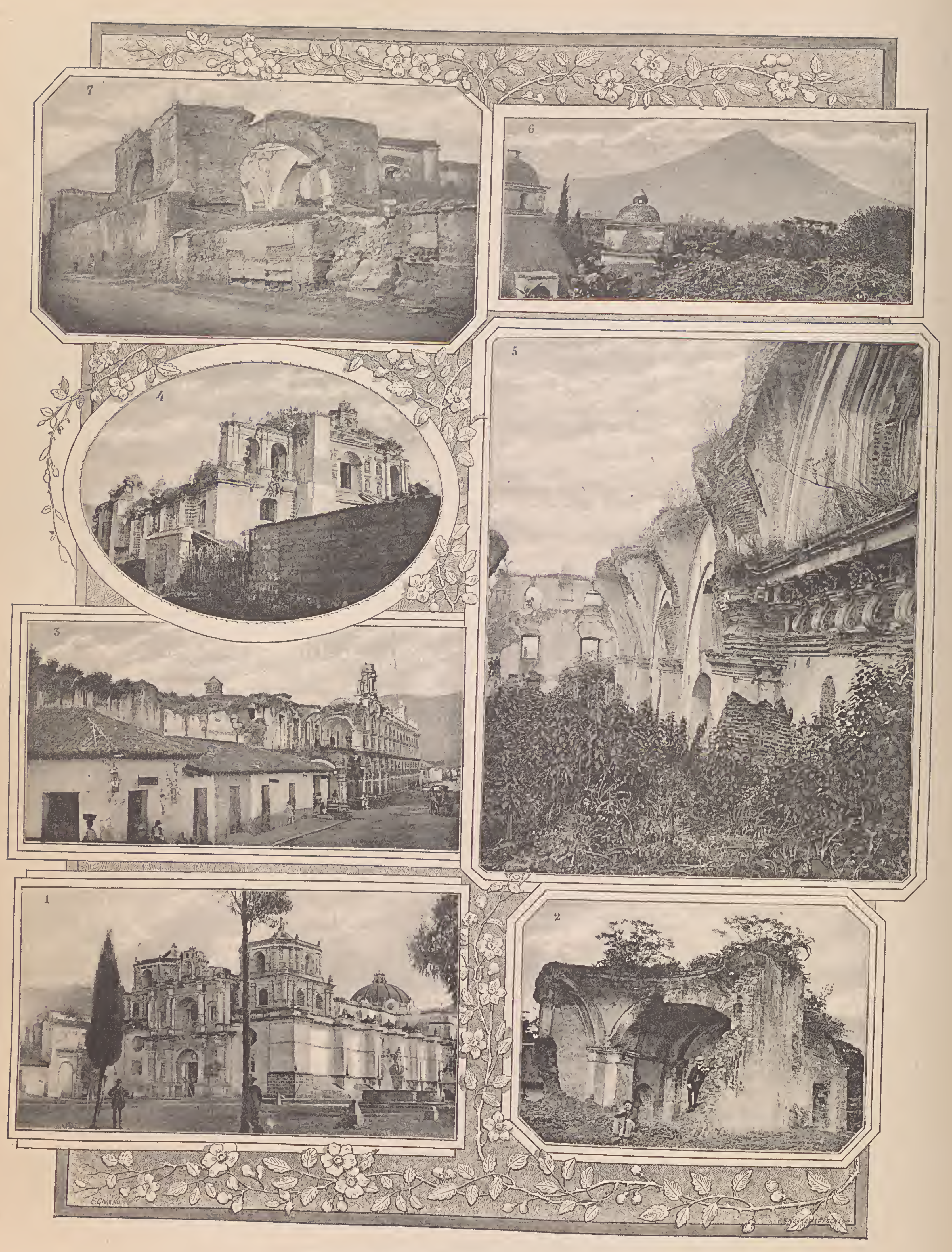
El clima es agradable, pero debilitante y enfermizo á consecuencia de las frecuentes variaciones que en el transcurso de un mismo día experimenta la temperatura.

El interior de la ciudad aparece construído con regularidad perfecta: las calles están tiradas á cordel, tienen anchas aceras y buen empedrado, y están cortadas por grandes plazas como la del Teatro, sombreada por hermosos naranjos y transformada poco á poco en precioso jardín, que con sus kioscos, estanques y arriates constituye uno de los paseos favoritos de los guatemaltecos; la de la Concordia con raras y escogidas plantas; la de San Sebastián, y la de Armas, que mide cerca de 30.000 varas cuadradas y en cuyo centro existe una fuente sobre la cual se alza todavía el caballo de piedra que antes montaba la estatua de Carlos IV, derribada por algunos patriotas en un arranque de entusiasmo por la independencia nacional.

Antiguos reglamentos, con el objeto de evitar en lo posible catástrofes como la que había destruído Guatemala la Antigua, prohibieron á los arquitectos que las construcciones tuviesen más de 20 pies de alto, y si bien esta disposición no se cumplió al pie de la letra, las casas de la capital son generalmente muy bajas, por lo que hubo de ganarse en superficie lo que en altura se perdía: de aquí que la población esté muy diseminada, notándose mayor estrechez en las viviendas únicamente en los arrabales, donde cada pequeña cabaña está habitada por una familia de indios.

Muchos son los edificios grandiosos que Guatemala encierra, sobresaliendo entre ellos las iglesias y conventos, que en su mayor parte datan del tiempo de la dominación española. Los principales edificios religiosos son: la catedral metropolitana, hermoso edificio de cinco naves y de más de cien varas de largo, con dos elegantes capillas que le dan forma de cruz, un tanto afeado exteriormente por enanas torres, construídas hace pocos años, y por su atrio, en el cual se ven las colosales estatuas de los cuatro Evangelistas; San Francisco, que posee una fachada espléndida y una nave que excita la admiración por su altura, amplitud, magnificencia y atrevimiento y cuya cripta puede considerarse como un gran templo subterráneo que sobre enormes columnas sustenta la gran basílica; Santo Domingo, edificio de cinco naves, severo y simpático, cuya construcción es de las más bellas y artísticas que la ciudad encierra; la Recolección, la Merced, Santa Teresa, el Carmen y diez y nueve templos más, todos pertenecientes al culto católico. El antiguo convento de los Jesuítas ha sido transformado en Instituto Nacional.

Entre los edificios civiles merecen citarse el teatro, de aspecto agradable y majestuoso, cuya fachada imita la de la iglesia de la Magdalena de París, el palacio del Gobierno, el de la Municipalidad, la Administración general de Rentas y Aduana general, instaladas en el que era antes convento de los Franciscanos; la Administración general de Correos, elegante y espacioso edificio de dos pisos, que fué



CIUDAD VIEJA Y GUATEMALA ANTIGUA

1. Iglesia de la Merced en Ciudad Vieja. - 2. Ruinas de la iglesia que en Ciudad Vieja fundó D. Pedro de Alvarado. - 3. Ruinas y Palacio Municipal. - 4. Convento de la Compañía de Jesús. - 5. Ruinas de Guatemala Antigua. - 6. Vista del volcán de Agua. - 7. Ruinas de Guatemala Antigua

(De fotografías remitidas por nuestro corresponsal D. Antonio Partagás.)



LOS HUÉRFANOS, copia del notable cuadro de A. Echtler

iglesia y convento de la Orden Tercera; la Tesorería general y la Superitendencia de Telégrafos, que se han dividido la preciosa casa en que se encontraba anteriormente la extinguida Sociedad Económica; la Dirección general de Licores y Tabacos, establecida en el magnífico convento de los Dominicos que llegó á merecer ser calificado de «grande como un pueblo;» el Instituto Nacional para hombres, edificio vasto, hermoso y elegante, con precioso salón de actos, patios extensísimos, grandes é higiénicas aulas, gabinetes científicos, bellísimo parque y un Observatorio meteorológico de cinco pisos; las Escuelas de Artes y Oficios, de Agricultura y de Comercio, la Academia de Dibujo, la Escuela Politécnica, la de Derecho y Notariado, en el hermoso y elegante edificio en donde estuvo la extinguida Universidad de San Carlos; la de Medicina y Farmacia, espacioso edificio con jardín, biblioteca y gabinetes zoológico, químico, fisiológico, etc.; la de Ingeniería, establecida en el antiguo convento de Santa Clara; el Hospicio, el Hospital Central, modelo de aseo y de comodidades y capaz para 400 enfermos; los mercados Nacional y La Reforma, el Banco Internacional y Colombiano, la Tipografía de la Unión, el Gran Hotel, el teatro de Variedades, la capilla masónica, la Casa de corrección para menores de diez y seis años y la prisión de mujeres.

Los alrededores de Guatemala, como hemos dicho, son por punto general poco pintorescos: hay en ellos, sin embargo, el hermoso llano de La Culebra, donde recientemente se ha inaugurado el Hospital Militar; el bulevar de Xocotenango, rodeado por las llanuras en donde se verifican las animadas é importantes ferias de mayo, agosto y noviembre: los cerros sobre que se asientan los castillos de San José y de Matamoros, y el camposanto con una buena Penitenciaría.

Tal es, á grandes rasgos hecha, la descripción de la ciudad que actualmente es la capital de Guatemala y algunos de cuyos edificios reproducen nuestros grabados junto con otras construcciones y ruinas de Guatemala Antigua y Ciudad Vieja. Digamos ahora algo acerca de la capital del departamento de Quezaltenango, que por su importancia agrícola comercial é industrial es considerada como la segunda de la república guatemalteca

Anterior á la conquista, denominóse á raíz de su fundación *Xenahú* ó *Xelaluh*, que significa ciudad de los Diez, y se llamó así porque, al decir de los cronistas españoles la ciudad fortificada que los conquistadores destruyeron estaba dividida en diez distritos, cada uno de los cuales tenía un jefe especial. Hállase emplazada Quezaltenango («ciudad de las plumas verdes,» según unos, ó «de los pájaros *quezales*,» según otros) sobre una ancha meseta de 2.346 metros sobre el nivel del mar cerca del cerro quemado ó volcán de Quezaltenango. cuya última erupción, acaecida en 1785, destruyó el cono vertical de la montaña, dejando en lugar del cráter una vasta llanura irregular cubierta de un verdadero caos de peñascos, entre los cuales surgen todavía algunas fumorolas. De construcción bastante irregular á causa de las desigualdades del suelo, ofrece un aspecto más pintoresco que la mayoría de las ciudades americanas, y desde ella se domina una vasta llanura que riegan el Siguila ó Samala y sus afluentes Divídese en cuatro barrios denominados Independencia, Libertad, Igual dad y Fraternidad: sus calles son por lo general es trechas é irregulares, y no tienen por ende la monotonía de las tiradas á cordel que en las más de las villas de América prevalece. Entre sus plazas descuellan la de la Penitenciaría, cubierta de jardines, y la del Mercado, y de sus principales monumentos merecen citarse las iglesias de San Nicolás, Espíritu Santo, el Calvario, San Antonio y San Bartolomé, las Escuelas de Derecho, Medicina y de Dibujo, los Institutos para varones y hembras, el Colegio de niñas, el de indígenas, seis Escuelas primarias y una Casa de expósitos.

La instrucción puede decirse que es general en Quezaltenango, aun entre los indios quichés, y no es aventurado afirmar que desde este punto de vista la capital de los Altos es la primera de Guatemala.

Esta ciudad está habitada por la mayor parte de los grandes propietarios cuyas plantaciones cubren la Costa Cuca y por comerciantes y prestamistas que constituyen verdaderas potencias. La pequeña industria está representada en ella por fabricantes de tejidos de lana y algodón, por tintoreros y curtidores: una de las especialidades de los artesanos quichés es la fabricación de capas bordadas en oro, sombreros con plumas y máscaras de las que se sirven los indios en sus bailes, procesiones y representaciones teatrales, objetos raros que difícilmente se venden, sino que por lo general se alquilan á precios muy elevados y que se expiden á las aldeas más apartadas, hasta los confines de la selva virgen.

El clima fresco y poco variable y la bondad de sus aguas hacen de Quezaltenango una residencia agradabilísima durante la estación calurosa: á pocos kilómetros de la ciudad brotan las fuentes termales de Almolonga utilizadas en un establecimiento de baños junto á ellas construído.

Las razas indígenas que actualmente existen en Guatemala son: los pipiles, de origen azteca, que habitan en la Guatemala oriental; los itzas y lacandones, de la familia maya, que pueblan el distrito de Petén; los mopanes y los choles, mayas también, que viven al Sur del lago de Petén y en el valle del Mopán los primeros y en las sábanas que se extienden entre el Usumacinta y el Golfo Dulce los segundos; los quechis y los pokonchis, grupo especial de los mayas que ocupa el territorio de las fuentes del Polochic; los pocomanes, mayas como los anteriores, establecidos en la comarca de la ciudad de Guatemala; los quichés, *gente de la gran selva*, descendientes de los toltecas, que residen casi en los mismos territorios en donde los encontró el conquistador Alvarado, es decir, en los departamentos de Quezaltenango y Totonicapam; y los cachiqueles, de origen tolteca, que habitan en la zona comprendida entre Sololá, Chimaltenango y Antigua.

El cachiquel, que puede tomarse como tipo de los indígenas guatemaltecos, es de estatura generalmente pequeña, robusto, de facciones pronunciadas, ojos claros sombreados por espesas cejas, pómulos salientes y frente estrecha y aplastada por la acción de la correa que en ella apoya para llevar cargas: no encanece, es infatigable andarín y hasta edad muy avanzada conserva sus dientes de hermosa blancura.

El traje de los hombres consiste en pantalón, camisa y blusa, y el de las mujeres en una falda y una chaqueta que sólo se ponen cuando salen de su cabaña.

La fusión de razas en Guatemala es muy incompleta y los indígenas son dos ó tres veces mayores en número á los blancos de origen español: el cruzamiento entre blancos, negros ó indios en todos los grados ha producido gran número de tipos cada uno de los cuales lleva su nombre especial.

A.

NUESTROS GRABADOS

D. Juan Tenorio, obra escultórica de D. Agustín Querol – Pocas figuras ha creado la fantasía que tan profundamente hayan impresionado la imaginación del pueblo como la que inmortalizaron Tirso de Molina en su preciosa comedia, Mozart en su ópera magistral y Byron en su genial poema, y que más que todos ellos ha popularizado en España y en América D. José Zorrilla en su fantástico drama *Don Juan Tenorio*. Todos nos hemos formado una idea que encarna el tipo del seductor de Doña Inés de Ulloa; pero indudablemente cuantas creaciones haya forjado nuestra mente resultarán pálidas y pobres ante la que con su privilegiado cincel ha modelado el Sr. Querol.

Difícilmente puede concebirse figura más arrogante, apostura más gentil y más varonil belleza que la que reproduce la obra de nuestro querido é ilustre colaborador; si Don Juan hubiese existido no hubiera podido ser de otra manera que como él lo representa, porque no sólo en sus dotes físicas, en sus cualidades morales también, vive en esa escultura el legendario personaje. Su rostro, su ademán, todo retrata por modo admirable el mozo valiente hasta la temeridad, libertino por instinto, dadivoso hasta ser pródigo, pendenciero, cínico, que así acuchillaba á sus enemigos vivos, como hacía burla de ellos delante de sus propias tumbas, y así enamoraba á incautas doncellas como sin piedad las abandonaba después de seducidas.

Los iguanodontes fósiles del Museo de Historia natural en Bruselas. – En 1878 unos mineros que trabajaban en las minas de carbón de Bernissart encontraron á trescientas varas de profundidad una gran cantidad de huesos que examinados por un profesor de la Universidad de Lovaina resultaron ser del iguanodonte, reptil gigantesco, hoy desaparecido de la tierra. El gobierno belga, comprendiendo la importancia del descubrimiento, ordenó proseguir las excavaciones, cuyo resultado fué el hallazgo de nuevos huesos en cantidad de 100 toneladas, que fueron conducidos á Bruselas, en donde están expuestos en el Museo de Historia natural. El iguanodonte, según puede verse en nuestro grabado, era un animal de extraordinaria estatura y algo parecido al kanguro, que generalmente se apoyaba sólo en sus patas traseras y se alimentaba de vegetales, pescados é insectos.

Proyecto para la construcción del nuevo edificio del Museo South Kensington, en Londres. – El edificio en que actualmente está instalado este importante museo resulta ya insuficiente para contener los muchos y preciosos objetos que colecciona, en vista de lo cual el gobierno inglés convocó un concurso en el que fué premiado el proyecto que reproducimos La obra concebida por el arquitecto Mr. Webb será del estilo del moderno renacimiento, y una de sus fachadas, la de la calle de Cromwell, tendrá una longitud de 700 pies. El coste total de esta construcción, de cuya grandiosidad y magnificencia da exacta idea nuestro grabado, será de 10.500.000 pesetas.

Descanso del modelo, escultura de D. Aniceto Marinas (Exposición nacional de Bellas Artes de 1890). – La estatua de *San Sebastián*, premiada en la Exposición nacional de 1887 y el grupo *Descanso del modelo*, que reproducimos, que obtuvo igual distinción en el concurso de 1890, pregonan la valía, la genialidad y los alientos del escultor segoviano. Discípulo de dos artistas distinguidos gloria de Cataluña, Samsó y Suñol, ha sabido Marinas aprovechar las enseñanzas de sus doctos maestros, siguiendo, conforme lo demuestran sus obras, seguros derroteros. Entregado por completo y con profundo entusiasmo al estudio del arte que emprendiera, ha podido en breve espacio de tiempo realizar señalados progresos, tan sensibles, que á ellos debe, aparte de sus excepcionales aptitudes, la pensión que goza en Roma, ganada en brillantes oposiciones.

Descanso del modelo es un modelo digno de figurar en un Museo, y tal lo reconoció el Jurado cuando por unanimidad le concedió la recompensa que podía otorgarle en la última Exposición nacional de Bellas Artes.

Las inundaciones de Consuegra (de fotografías remitidas por D. Casiano Alguacil, de Toledo). – Consuegra, importante villa de la provincia de Toledo, extiéndese en un valle rodeado de montañas y hállase dividida en dos zonas por el río Amarguillo que cruzaban cuatro puentes, tres de ellos arrastrados por la inundación, y en cuyas márgenes habitaba una parte de la población. Constaba ésta de 10.000 habitantes distribuídos en 2.100 edificios. Varias veces el riachuelo, que no otro nombre merece el Amarguillo en su estado ordinario, engrosado por las aguas de los montes vecinos había inundado los barrios bajos de la villa causando no pocos perjuicios y desgracias, pero nunca las catástrofes por él ocasionadas alcanzaron las proporciones de la que en la noche del 11 de septiembre último sembró el espanto y la consternación entre los vecinos de Consuegra.

Imposible describir el espectáculo de aquella noche de horrores; los que podrían hacerlo, es decir, los que á ella sobrevivieron, apenas han podido darse cuenta de la catástrofe que les sorprendió entregados al sueño, y la imaginación es incapaz de reconstruirlos: tal fué su magnitud. Las aguas subiendo sin cesar cada vez más amenazadoras, los edificios derrumbándose con horrísono estrépito, el rayo rasgando con siniestros resplandores las tinieblas que todo lo envolvían, el fragor del trueno ni un momento interrumpido, familias enteras desapareciendo entre las ruinas de sus viviendas ó entre las cenagosas olas que todo lo invadían, gritos desgarradores de los que demandaban socorro, ayes, terribles imprecaciones, lamentos, todo ello debió constituir el más espantoso conjunto. Las consecuencias de la catástrofe pueden suplir con su triste elocuencia lo que la imaginación no alcanza á concebir: calles destruídas, 700 edificios arruinados, centenares de cadáveres y una extensa vega asolada son datos bastantes para formarse una idea de lo que ocurrió en Consuegra. Los actos de heroísmo que allí se realizaron son innumerables é imposibles de describir; el desprecio de la vida propia para salvar la ajena se manifestó con rasgos conmovedores, sublimes: todos los habitantes rivalizaron en los trabajos de salvamento, distinguiéndose entre ellos el alcalde D. Luis Cantador y los religiosos franciscanos.

La catástrofe de Consuegra ha motivado una de esas brillantes explosiones de caridad que honran á nuestra patria: de todas partes se envían á nuestros desgraciados hermanos socorros en abundancia, en todas las poblaciones se arbitran recursos para los consuegrenses, nuestros compatriotas residentes en el extranjero remiten cuantiosos donativos, las suscripciones nacional y particulares arrojan cuantiosas sumas y la prensa contribuye á esta obra santa, no sólo con su óbolo, sino también enviando á Consuegra á sus redactores para repartir auxilios y prodigar consuelos y haciendo una de las más honrosas campañas periodísticas que registran sus anales.

¡Espectáculo hermoso y más grande que el de la catástrofe misma con serlo ésta tanto!

Nuestros lectores podrán juzgar por los grabados que publicamos y que nos han sido remitidos por el Sr. Alguacil, de Toledo, de la magnitud del desastre: aquellos escombros significan la ruina de innumerables familias y la desaparición de centenares de seres humanos: la caridad que ha dado cristiana sepultura á los muertos, devolverá á los vivos una parte de su perdido bienestar. ¡Bendita sea la virtud que tales prodigios realiza!

Los huérfanos, copia del notable cuadro de A. Echtler. – Este notabilísimo lienzo del famoso pintor alemán no sólo está pintado con arte irreprochable, sino que, además, es de los que dicen algo, de los que causan en el ánimo impresión profunda. Aquellas dos simpáticas figuras rebosan sentimiento, están trazadas por el corazón más que por la mano, y la sombría entonación del cuadro contribuye poderosamente á realzar las bellezas del mismo, pues difícilmente podría hallarse otra que estuviese más en armonía con la composición inspirada en tan interesante asunto.

Febrero, cuadro de D. Emilio Sánchez Perrier (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891). – Si el nombre de Sánchez Perrier no significara ya en el mundo del arte una reputación sólida y justamente cimentada, su notabilísimo cuadro *Febrero*, premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1889, bastaría por sí solo para reconocer en este aun joven pintor á un artista de relevante mérito. El interior del bosque, que tal representa el cuadro, en la estación invernal, es un verdadero dechado de exactitud y observación. En los añosos troncos de los árboles, en la seca hojarasca, pronta á convertirse en impalpables *detritus* orgánicos que sirvan de abono á las raíces que los produjeron y ese ambiente frío y seco que se adivina en los tonos grises, son resultado del profundo estudio y de la habilidad y maestría del artista.

El pintor sevillano honra á su maestro D. Eduardo Cano y á nuestra patria, ya que ausente de ella ha logrado en país extranjero señalados triunfos, que si bien enaltecen al artista, enaltecen también á España. El cuadro de Pierrer, es un lienzo de estudio, en el que los jóvenes artistas tienen mucho que aprender. Forma parte de los seis que el Estado remitió á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

Réstanos agregar que el Sr. Sánchez Perrier ha sido premiado además en otras Exposiciones, entre ellas la de París de 1886 y en la Nacional de 1890.



POR M. JULIO CLARETIE (DE LA ACADEMIA FRANCESA). – ILUSTRACIONES DE JUAN BERAUD

I

M. Thomassiére apartó con un violento movimiento su taza de café, y mirando de hito en hito á su antiguo amigo dijo:

– Si es verdad lo que me dices, Langlade; si Teodoro es capaz de semejante locura, de una... infamia como esa; si siquiera ha tenido la idea de cometerla, te juro que removeré el cielo y la tierra para impedir que ese imbécil, cabeza de chorlito, se deje engatusar por los lindos ojos de una mujer de teatro...



... y durante el trayecto estuvo meditando el sermón que pensaba espetar á Teodoro

Y como viese que el viejo Langlade, con su aspecto honrado y fino, meneaba la cabeza entre sorbo y sorbo de licor, añadió:

– Pero vamos á ver, ¿quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes? Puede que sea una filfa por el estilo de las que los periódicos de París quieren hacernos tragar. Dime lo que sepas...

Los dos antiguos amigos acababan de almorzar, cómodamente instalados en la meseta de la galería de una antigua casa del Perigueux: casa patriarcal, silenciosa, que daba á mi jardín, inundado de los vivos rayos de un sol de septiembre tan brillante como el de julio. Desde la barandilla de la meseta, bien á la sombra, M. Thomassiére, antiguo notario, y Langlade, el juez de paz, gozosos de la existencia, miraban revolotear á las mariposas, y á los moscardones, semejantes á gotitas luminosas, atravesar el jardín que cortaban las telas de araña, á modo de hilillos de plata. Arrullados dulcemente por el ruido de cascabeles y de carruajes que desde el exterior y hasta ellos llegaba y por el continuo resonar de los cascos de los caballos sobre el empedrado, gozaban tranquilamente de aquella hermosa mañana de otoño, en que las flores rojas de los granados, los racimos de los serbales y los grupos de geranios destacaban sus notas encarnadas sobre el verde de los árboles, aún bastante pronunciado, como el color encarnado de la escarapela de Langlade destacaba sobre la levita de paño azul obscuro.

En los semblantes de aquellos dos compañeros de tantos años, después de un delicado almuerzo cuyos restos se veían todavía sobre el blanco mantel, formando apetitoso conjunto los trozos de pastel de liebre y de perdices, los cangrejos del arroyo de Saint-Alvere y los higos de acuosa carne, retratábase tal felicidad, tal bienestar, que aquel fondo de luz, de verdura y de flores parecía hecho ex profeso para servir de marco al grueso y alegre rostro de M. Langlade y al agudo perfil de M. Thomassiére.

El amigo Langlade encontraba excelente el semblante del antiguo notario, por lo regular algo pálido, con su grave fisonomía, su cara larga, su nariz de pico de loro y su corbata alta á la moda de 1830, que casi le ahogaba, haciendo apartar á los dos lados de los maxilares sus blancas patillas. Aquella mañana M. Langlade veía á su amigo, contra su costumbre, jovial y placentero. ¿Era esto efecto del vino de Costo-Rasto, ó de la evocación de sus antiguos recuerdos, ó de la voluptuosidad de aspirar el aire tibio de aquel hermoso día? Lo cierto es que el anciano notario no tenía el entrecejo que le era habitual, sus pálidas mejillas tomaban suavemente un ligero tinte de color de fresa, y aun se regocijaba á la vista de aquel vejete pequeño y sonriente que desempeñaba el cargo de juez de paz de su departamento. Por eso la anciana María, que les había servido el almuerzo, observó un espectáculo á que no estaba acostumbrada: la sonrisa de M. Thomassiére y la vista de ese flemático curial en alegre plática con una especie de monje rechoncho y bonachón. Pero esta sonrisa duró poco: M. Thomassiére no era hombre de chanzas cuando no estaba de buen humor, y era el caso que á los postres del almuerzo, el amigo Langlade le disparó á boca de jarro la inconcebible noticia de que su hijo Teodoro Thomassiére, enamorado de una actriz del *Palais Royal* de París, pensaba casarse con ella.

Langlade, á fuer de diplomático, esperó el momento del café para darle la infausta nueva; de lo que luego se arrepintió, porque las mejillas de su amigo pusiéronse purpúreas, y aunque por su delgadez no tenía propensión para ello, ¡quién sabe!, quizá podría sobrevenir una congestión.

– Tal vez debí esperar á otra ocasión, pensaba el juez de paz.

Pero el golpe estaba ya dado, y toda dilación en la relación de los detalles no había de hacer otra cosa que irritar más y más á M. Thomassiére. En su consecuencia, Langlade pensó: «pues ya que he empezado ¿por qué no decirlo todo?» Y dirigiéndose á su amigo le dijo:

– Querido Gastón (así le llamaba para entretenerle): mi sobrino es quien me ha escrito la noticia. Ya que te he dicho que el tal sobrinito es un duende de París y lo sabe todo, sospecho que en vez de ir á su oficina se entretiene en hacer *vaudevilles*. En una palabra, es amigote de tu hijo, el cual le ha encargado de tantear el terreno en lo que te concierne, y si te he hablado de esto es porque á mi vez deseo saber...

– ¿Qué?, interrumpió Thomassiére dejando bruscamente sobre la mesa la taza del café.

– Pues sencillamente tu modo de pensar. En buena filosofía, deben tomarse la cosas tales como son, y no es posible pedir á una cabeza de veinte años el juicio de... de Foción.

– ¡Foción! ¡Foción! ¿Y á mí qué me cuentas con tu Foción?... ¿Vas á decirme que Foción, tu Foción, me aconsejaba que perdonase la necedad de ese galopín atortolado por una galopina?

– ¡Oh! ¡Poco á poco!, replicó el juez de paz. Eso de galopín es fuerte tratándose de una actriz que ha sobrepujado á la Norah en una comedia de Dumas (hijo).

– ¡Anda, anda! ¡Pues no estás poco enterado de todas esas cosas!

– Por mi sobrino. ¡Qué quieres! .. Así, pues, Mlle. Gabriela Vernier...

– ¿No me has dicho hace poco que la llamaban *Gabrí?*

– Eso es en la vida íntima; pero en los carteles es Gabriela. Gabrí es para los iniciados solamente, para los gomosos, para los verdaderos parisienses.

– ¿Como tu sobrino Custavo?

– Exactamente.

– ¡Gabrí! ¡Teodoro casarse con Gabrí! ¡Gabrí!

Y M. Thomassiére dió un puñetazo en la mesa, que hizo saltar los restos de perdiz y vibrar los vasos y las tazas. Luego repuso cada vez más exaltado:

– ¡La señora Gabrí Thomassiére! ¡Thomassiére Gabrí!

– Gabriela, Gabriela .. Legalmente no es Gabrí sino Gabriela, observó Langlade con algo de socarronería gascona Según parece, la tal Gabriela es linda, muy linda... Alta, bien formada, rubia, ó lo que es lo mismo, teñida con alheña.

– ¿Con qué?

– Con alheña ¡Oh! ¡La alheña está muy de moda! Sobre este particular mi sobrino me ha contado unas historias... Parece ser que todas las señoras de la Opera se aplican alheña en la cabeza, y no solamente en la cabeza...

El juez de paz echóse á reir pensando en los relatos de su sobrino Gustavo; pero sí ¡de las señoras de la Opera se trataba! Thomassiére, más blanco que la servilleta que doblaba y que estrujó coléricamente, alargaba su prolongada nariz hacia la cara de cereza madura de Langlade y le pedía nuevos informes respecto á la locura de que Teodoro estaba poseído; en tanto, Langlade tanteaba el terreno para ver hasta dónde podría llegar, y poco á poco lo decía todo.

El caso de Teodoro, por otra parte, era bien sencillo. Después de haber terminado en París la carrera de derecho, no teniendo prisa para volver á Perigueux, hízose inscribir en el colegio de abogados, y como tantos otros se dedicó á ir á caza de la ocasión, cada día más calva, sobre todo en París, donde los cabellos caen más de prisa Un litigio divertido, cual fuera el que sostuvo Mlle. Gabriela Vernier con su pedicuro, puso á Teodoro á la orden del día en la crónica parisiense. Y resultó que efecto de haber descrito, defendido – y contemplado – con mucho talento el pie de la cómica, acabó por ofrecer á ésta su mano: locura, tontería, escándalo, todo lo que se quiera; pero sabido es que el amor constituye el prólogo obligado de todas las tonterías legales y extralegales.

– En suma, mi viejo amigo, dijo Langlade: bien mirado, tu chico hubiera podido hacer aún peor elección. El hijo de Migayroux, el de Bergerac, se ha

casado con una actriz de Bobino, que ahora hace un buen papel en el pueblo de su marido, tan bueno como pudiera hacerlo otra cualquiera, te lo aseguro. ¡Y ya ves tú que del Palais Royal á Bobino hay alguna diferencia!

– Sí, interrumpió con ímpetu el antiguo notario; pero Mederic Migayroux no es Teodoro Thomassiére... ¡Ah! ¡Su madre! ¿Qué diría la madre de Teodoro si viviera y supiese que su hijo se ha enamorado de una Gabrí!, ¡Gabrí! ¡Gabrí!...

Y repetía este nombre como si con él quisiera abofetearse. Presa de una impresión singular, mezcla de sorpresa y cólera, parecíale que todo daba vueltas en derredor suyo, los árboles del jardín, las tazas de café y hasta la risueña figura de Langlade.

– ¡Es posible!, exclamaba como hablando consigo mismo, y tratando de recordar las últimas cartas de Teodoro, en las que éste no hacía mención de la señorita Gabrí, y se limitaba á dar noticias políticas y financieras á su padre, diciéndole que en París se hablaba de una nueva conversión y de la seiscientas cuarenta va crisis ministerial. Pero de teatros... ¡Oh, de teatros, ni una palabra! A juzgar por sus cartas, Toodoro era un hombre serio, excesivamente serio... y he aquí que de repente, no sólo por carta, sino personalmente, envía á Gustavo para explorar por medio de su tío el ánimo de Thomassiére. Porque era Teodoro, no cabía duda, el que había dado el encargo al tal sobrino...

– ¿Dónde está tu sobrino Gustavo?, preguntó bruscamente el ex notario.

Langlade, hombre práctico, calentaba en un platillo un terrón de azúcar mojado en aguardiente con objeto de hacer un ponche y de dejar tiempo á su amigo Thomassiére de reflexionar á sus anchas.

La pregunta de éste hízole sonreir.

– ¿Mi sobrino?, contestó. Se ha largado al momento. Se aburría en Saint-Alvere y está en Burdeos. Burdeos es la sucursal de París.

– ¿De modo, repuso Thomassiére, que no podré saber más que lo que tú me has dicho?

– Qué, ¿no te basta?

El notario miró á su amigo con severidad. Ciertamente el bueno de Langlade se chanceaba, mientras Thomassiére se ahogaba de cólera... ¡Ah! No bien acabara de hacer la digestión, escribiría á Teodoro una carta... ¡pero qué carta!... ¡buena, buena iba á ser!... De seguro que caería en París como una bomba.

– ¡La señorita Gabrí, Gabrí, Gabrí!

El notario repetía este nombre con todas las inflexiones del desprecio, del furor y de la execración. ¡Gabrí! ¡Si Estefanía Thomassiére hubiera podido pensar ni un solo instante que su Teodorito había de amar, ¡qué digo amar!, casarse con una señorita Gabrí, Gabrí!... Sí, sí, y cien veces sí; escribiría inmediatamente á Teodoro, y en términos que no le gustarían, á fe de Thomassiére.

– ¿Y para qué?, preguntó juiciosamente Langlade. Espera á que él te informe, á que él mismo te escriba.

– ¿Y si no lo hace?

– No es posible. Demasiado te escribirá: participación de matrimonio, demanda de consentimiento; esto es de cajón.

– ¡Ah, mi consentimiento! Si se figura...

– Súplicas, ruegos...

– Serán inútiles.

– Actos respetuosos...

– ¿Tú crees?...

– ¿Qué edad tiene Teodoro?

– Veintisiete años.

– Pues con veintisiete años no es un pollo. Insisto, mi querido Gastón: actos respetuosos...

– Déjame en paz con tus actos respetuosos, interrumpió nerviosamente Thomassiére; no sé si por causa de la perdiz ó de la lamprea, tengo como una barra en el estómago... materialmente una barra... me ahogo... ¡Actos respetuosos!... ¡Por una señorita Gabrí! ¡Actos respetuosos! ¡A mí, á mí, á mí!

Y al decir esto bufaba como un caballo de batalla, blandiendo la servilleta que había tomado de la mesa. Y se erguía, mirando hacia el jardín, como si Teodoro fuera á presentarse por allí y él se preparase á confundirle.

Pero en el jardín sólo había sol, flores, granados é insectos de alas de gasa, que revoloteaban en rápidos círculos, alrededor del césped todavía verde por algunos días.

II

Al día siguiente la vieja María quedóse atónita cuando M. Thomassiére, que era muy casero y rara vez salía de su cuarto y de la biblioteca (traducía secretamente á Horacio) la llamó y le mandó que le preparase la maleta y dijera al criado que ensillase el caballo.

– ¿Va el señor á Perigueux, al concurso regional?, le preguntó.

El viaje que había hecho M. Thomassiére con motivo del concurso regional se conservaba en la memoria de todos como un suceso célebre, había sido un acontecimiento en aquella casa. El notario encogiéndose de hombros contestó:

– ¡Qué concurso! Si en Perigueux ya no hay concurso. Además, no voy á Perigueux, sino á París.

– ¡A París!

– A París.

La vieja criada, con sus ojillos maliciosos de aldeana fijos en el rostro de su amo, trataba de adivinar la causa de aquel precipitado viaje, presintiendo por instinto que se trataba de alguna aventura del señorito Teodoro... ¡Ah, ese París! ¡Ah, ese molino de harina humana! ¡Cuántos infelices paisanos suyos habían sido triturados en aquella máquina infernal!

– ¿El señor va á París? Y ¿cuánto tiempo permanecerá en París el señor?, gruñía por lo bajo María, mientras miraba si estaban bien cosidos los botones de la camisa de su amo.

La determinación de M. Thomassiére producía en la casa una tribulación semejante á la que hubiera podido ocasionar un espantoso trueno. Criados, mozos, jardineros se preguntaban por lo bajo qué habría hecho el señorito Teodoro para que su padre montara á caballo como dragón que va á dar una carga. El nombre de Teodoro estaba en todos los labios... ¡Oh!, se murmuraba, ¡el tal señorito debe ser un calavera deshecho!.. Cuando se marchó á París dejó en la comarca de Saint-Alvere hasta Sainte Foix más de un corazoncito oprimido y no pocos ojos encarnados de llorar... Puesto que M. Thomassiére se va, no cabe duda de que es para reducir á su hijo á la razón.

El amigo Langlade vino á despedir á Thomassiére, y María pudo sorprender palabras amenazadoras dirigidas al *parisiense*, á quien el notario hablando con el juez de paz había llamado pícaro de siete suelas. Además la criada había cogido al vuelo, como se caza una mosca, un nombre que la preocupaba: *Ga-*

... se entretuvo cerca de dos horas en mirar un transparente gigantesco lleno de anuncios

brí, Gabrí!... indudablemente un nombre de mujer, de alguna perdida. Y al día siguiente, á las pocas horas de haber partido M. Thomassiére dejando de palabra y por escrito sus órdenes á la servidumbre, después de haber recibido el último apretón de manos de Langlade, cuando amo y mozo desaparecían al trasponer el ribazo, en la revuelta del camino, todo el mundo sabía en la casa que el notario iba á impedir que el *señorito* hiciese tonterías y la vieja María encendía en la cocina un cirio de resina reservado para los días de tempestad, con el fin de librar de ladrones á su amo y de malas mujeres á su señorito.

Thomassiére hizo que el criado se volviera con los caballos desde Mussidán. Allí esperaría el tren de Contras, que le llevaría á Burdeos y luego á París. Al despedir á su servidor, el notario, de ordinario frío y digno como una estatua antigua, estrechóle la mano y le dió gracias en patués por sus palabras, deseándole buen viaje. Después, ya solo, púsose á reflexionar: había tomado una resolución rápida: no esperaría á que Teodoro, dispuesto á cometer todo género de majaderías, le enviara las famosas intimaciones respetuosas... ¡Ironía de la ley! *¡Res-pe-tuo-sas!* No; iría resuelta é impensadamente á buscarle para pedirle cuenta de sus amores con la señorita Gabrí. ¡Vaya con la señorita Gabrí! Parecíale que la estaba viendo ajada, pintada, teñida y con voz desagradable y acanallada.

¡Y pensar que estas seducciones atraen á los jóvenes! ¡Imbéciles! ¡Si fueran las modistas de otro tiempo, graciosas, alegres, frescas y con el corazón en la mano, con su cofia de percal y su vestidito de indiana, tales como Thomassiére las había conocido! ¡Pero las mujeres de ahora! ¡Ah, qué mujeres! ¿Cómo compararlas con aquéllas? Y si no, preguntad á los viejos, que están bien enterados.

Pensando en estas cosas, y evocando fantasmas con cofia y vestidos de cretona, el notario notó que tenía hambre, y como el tren de Contras no llegaba hasta dos horas después, se hizo servir un almuerzo. Comió con apetito, sintiéndose repuesto aunque colérico, y apenas se instaló en el tren quedóse dormido y no despertó hasta Burdeos.

Podía haber seguido directamente hasta París, pero Burdeos le recordaba algo de su juventud. Hacía años que no había estado en esta ciudad, desde la época en que en un cuartito de la calle Huguerie rociaba con vino blanco las ostras de Arcachón, que se comía riendo una linda morena... ¡Qué mujer! Aquélla sí que era belleza: ni estaba ajada, ni iba pintada ni teñida, y sobre todo no era cuestión de casarse con ella, ¡ni por pienso! ¡Ah, ese Teodoro tres veces estúpido!

M. Thomassiére no era sentimental, y por lo tanto su estancia en Burdeos le refrescó dulcemente la memoria. ¡Oh año feliz de 1838! Entonces no estaba casado, y hacía muy distinta vida de cuando llegó á ser notario de Saint-Alvere. Recordó haber tenido un duelo, ó mejor dicho, el principio de un duelo con un oficialito del 3.° de ligeros, por causa de una endiablada librera que alquilaba novelas de Pigault-Lebrún en un gabinete de lectura... Se interpusieron algunos amigos, pues Thomassiére no dió satisfacciones, ¡qué había de darlas! Además, como todos los de aquella generación, manejaba muy diestramente el florete. Y todas estas aventuras, ¿para qué? Para acabar por casarse con la señorita de Prunieres, que le trajo en dote la casa de Costo-Rasto, y le exigió que se estableciera en Perigueux, cerca de sus ancianos padres. A partir de aquella época su existencia deslizóse lenta, pesada y pautada como un papel de música. ¡Qué monótona vida la del notariado de aquel pueblecillo, en donde un día se parecía al pasado y al siguiente, y los años á los otros años! Teodoro, hijo tardío, nacido después de veinte años del matrimonio del digno notario, se hizo hombre cuando su padre era ya viejo, y Thomassiére, viudo á poco, no quiso volver á casarse y reconcentró en su hijo todas las ambiciones de su pasada juventud. ¡Qué pronto había pasado todo esto! Parecía que la vida había soplado sobre él y llevádose cual si fuera polvo toda su existencia.

Sus reflexiones no eran melancólicas, sino que surgían en él como esas florecillas que nacen en las junturas de algunas antiguas piedras. No queriendo pasar la noche en el tren, el notario se detuvo en Burdeos. Por la noche fué al teatro, en donde se representaban los *Hugonotes*. Las cantantes le parecieron viejas, los pajes delgados y desgarbados con sus trajes ajados; no comprendía que nadie pudiera prendarse de semejantes mujeres. Salió del teatro con jaqueca, y sin explicarse cómo aquel mundo de cartón y telas pintadas pudo haber vuelto loco á su Teodoro.



Luego quitóse el cuello y los puños y comenzó á desabrocharse el corsé

Vuelto á su hotel leyó un periódico antes de dormirse; era *El Eco de Vésone*: se ocupó principalmente de la parte política, porque Thomassiére era uno de esos que se ocupan en sumar los votos que puede reunir un ministerio: precisamente entonces había crisis ministerial. Acabada la sección política, el notario, que estaba ya acostado, iba á dejar el periódico, cuando por casualidad un nombre hirió sus ojos como un relámpago

Era el aborrecido nombre de Gabriela Vernier. «Mlle. Vernier, decía el periódico, desempeñará el papel de *Comadre* en la próxima revista del Palais Royal. Se hacen grandes alabanzas del rondó que tiene que cantar á propósito de *La educación laica*.»

M. Thomassiére leyó dos veces el suelto, no comprendiendo bien la importancia del papel que debía desempeñar la señorita Vernier. ¡Esta señorita cantaba, y sin duda cantaba celebrando la educación laica! ¡Mentira le parecía! Pero en fin, preciso era acostumbrarse á todo.

El notario siguió leyendo: «Se espera poder dar la primera representación el lunes próximo.»

M. Tomassiére, mirando su reloj vió que era media noche: llegaría á París el domingo por la tarde, y por lo tanto tendría tiempo de tomar una localidad del teatro del Palais Royal y enterarse un poco de la figura de la tal señorita *Gabrí*, de esa *Gabrí* que se atrevía á soñar con llamarse la señora de Thomassiére.

El notario apagó la bujía y cerró los ojos, esperando dormir; pero en el silencio de la noche oía la chispeante música de un teatro ó casino próximo al hotel, y medio arrullado por aquellos acordes se adormeció, soñando, entre otras cosas extravagantes, con la aparición de una alta y hermosa joven vestida de paje de los *Hugonotes*, que cantaba *La educación laica* con la música de la *Bendición de los puñales*.

Al día siguiente, M. Thomassiére, mal dormido, tomó el tren de París, y durante el trayecto estuvo meditando el sermón que pensaba espetar á á Teodoro... «¿Has medido, desventurado, la profundidad del... del abismo?»... Pero antes de sorprender á su hijo quería tener el derecho de darle su opinión respecto á la miserable joven de la que el imbécil pretendía hacer una Thomassiére. Sí, quería juzgarla, bien seguro de que era fea, vulgar, insignificante... ¡Los jóvenes son tan estúpidos! O quizás á lo sumo tenía la belleza del diablo, que por cierto es belleza que vale bien poca cosa. En fin, ya lo vería, ya lo vería...

París también excitaba su curiosidad, y en resumidas cuentas, no le pesaba volver á verle. Se apearía, como en otro tiempo, en Cité Bergere, en el hotel tranquilo que le había albergado en otras ocasiones, *Hotel del Mediodía*. En aquella época había allí una linda rubia, fresca como un capullo, gruesa como una aldeana de Rubens, y que con su luto de viuda estaba endiabladamente hermosa. ¿Qué habría sido de la señora Chardonet? En aquella época, ya algo remota, tenía la viudita treinta y seis años: ¡cómo pasa el tiempo! La vida había *pasado, pasado, pasado*, como dentro de poco pasaría la revista del Palais Royal.

El *Hotel del Mediodía* había cambiado su nombre por el de *Hotel del Norte*, y el cuarto que antes había ocupado el número 20 habíase convertido en el 32... En cuanto á la señora Chardonet, hacía tiempo que se había retirado de los negocios, y habitaba en el Perigueux.

– ¡Calla! ¿En el Perigueux?

– Sí, hace quince años.

¡Qué coincidencia! La bella señora Chardonet vivía tan cerca de él y nunca había vuelto á verla. ¡Quién sabe! Quizá él hubiera acabado por declararle los sentimientos que le inspiraba y que nunca habíase atrevido á revelar, no obstante las atractivas sonrisas de la fondista. Ella en Perigueux; él en Saint-Alvere. ¡Tenía gracia! ¡Vaya si tenía gracia!

Y en aquel hotel húmedo y triste, donde otro cualquiera hubiera pillado un reuma, el anciano notario encontraba bocanadas de juventud y como reflejos de sol. Pasó la tarde recorriendo el bulevar, algo desvanecido por el ruido de la muchedumbre, y empujado y codeado se entretuvo cerca de dos horas en mirar un transparente gigantesco lleno de anuncios y de figuras grotescas. Esta linterna mágica, en la que los anuncios alternaban con vistas pintorescas, interesó en sumo grado á M. Thomassiére, que habiendo traducido ya en verso medio Horacio, comprendía que los parisienses tenían el talento de mezclar lo útil á lo agradable: *utile dulci*.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ELECTRICIDAD PRÁCTICA

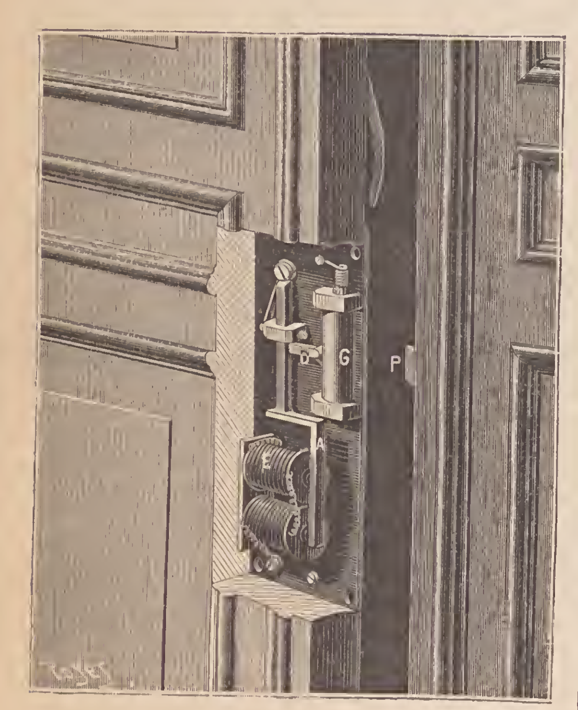
I. – UN NUEVO INTERRUPTOR DE MERCURIO

Nada parece *à priori* más sencillo que construir un interruptor de corriente que funcione en buenas condiciones, y sin embargo el problema está erizado de dificultades en determinadas circunstancias.



Interruptor de mercurio. – A y D. Posiciones de interrupción. B y C. Posiciones de cerradura

Supongamos, por ejemplo, que el interruptor deba ser colocado en un lugar donde se produzcan desprendimientos de vapor de agua ó de vapores ácidos; en este caso ninguno de los interruptores ordinarios podría resistir mucho tiempo á las acciones corrosivas ú oxidantes de un medio semejante. Supongamos, en un segundo caso particular, que el interruptor se coloque entre vapores inflamables en un subterráneo que contenga esencias de petróleo y en donde, por consiguiente, no puede entrarse de noche; bastaría entonces la chispa que produjese la ruptura de un



Cerradura eléctrica. – A. Armadura. – E. Electroimán. D. Dedo. – G. Armella – P. Pestillo

interruptor mal entendido para inflamar estos vapores peligrosos.

Igual dificultad, aunque en menor grado, ocurre en los polvorines, en los molinos y en algunas industrias que producen una atmósfera inflamable. El interruptor de mercurio está destinado á resolver todas las dificultades que acabamos de exponer y algunas más que podrían presentarse, y á falta de elegancia ofrece una seguridad absoluta que le valdrá múltiples aplicaciones.

Consta esencialmente de un tubo de caucho, uno de cuyos extremos se fija en la pared por medio de una polea aisladora de porcelana y un garfio, terminando el otro en una pera de caucho herméticamente cerrada que contiene cierta cantidad de mercurio. Por el interior de este tubo pasan los dos conductores que llevan la corriente al interruptor y que terminan en dos espigas de hierro visibles en D. Cuando el tubo ocupa la posición A, la corriente está interrumpida, según puede verse en D; en cambio, si se levanta el tubo y se le fija en el garfio del modo que indica B, el mercurio de la pera cambia de sitio y se coloca en la posición que reproduce C, cerrando entonces el circuito, que puede interrumpirse de nuevo descolgando simplemente el tubo y abandonándolo á su propio peso.

Gracias á esta sencilla disposición la chispa se produce en un espacio cerrado y no puede incendiar los productos que contiene la atmósfera ambiente; además, los vapores oxidantes ó corrosivos no tienen acceso sobre el contacto, que de esta suerte se conserva siempre limpio y completamente seguro.

II. – UNA CERRADURA ELÉCTRICA

Muchas instalaciones se han imaginado con el propósito de obtener una cerradura eléctrica sencilla, destinada á abrir desde alguna distancia las puertas de entrada de las casas utilizando para ello las pilas ya instaladas para el servicio de timbres. Pero hasta ahora sólo se han hecho instalaciones complicadas y por ende delicadas y costosas: la que reproduce nuestro segundo grabado es, en cambio, de una sencillez extraordinaria.

He aquí en qué consiste su mecanismo.

La puerta va provista de un pestillo P, que se apoya en el estribo de una armella giratoria G, montada sobre el batiente inmóvil, el cual lleva un muelle que tiende á empujar la puerta, es decir, á abrirla, en cuanto la armella abandona el pestillo. Un dedo D mantiene la armella quieta y penetra por uno de sus extremos en una muesca de la armadura A. Esta armadura, solicitada por un muelle colocado en su parte superior, cerca de su punto de suspensión y de oscilación, mantiene normalmente el dedo ajustado á la muesca y se opone á que la puerta se abra. Pero si se dirige una corriente al electroimán E, la armadura A es atraída, el dedo se desprende de la muesca y bajo la acción del muelle la armella gira inmediatamente y suelta el pestillo, abriéndose por consiguiente la puerta.

Para cerrar la puerta basta empujarla; el pestillo penetra suavemente en la puerta y se engancha de nuevo desde que ha pasado por el punto de detención de la armella. Gracias á esta disposición ingeniosa las cerraduras eléctricas pueden ser consideradas como complemento natural de los timbres eléctricos.

No es difícil imaginar una combinación de hilos que permita servirse de los mismos hilos del botón del timbre de la puerta de entrada para hacer funcionar la cerradura, realizando de esta suerte una economía apreciable en el precio de la canalización común á los dos servicios de timbres eléctricos y apertura de las puertas á distancia.



SURTIDOR ATMOSFÉRICO DE SALÓN

Cuando los asfixiantes calores del verano nos obligan á sentarnos á la sombra de espesos árboles ó á retirarnos en habitaciones donde los rayos del sol no penetren, una de las cosas que más recrean la vista son indudablemente los surtidores grandes ó pequeños, cuyos chorros parece que comunican al cuerpo una parte de su frescura y cuyo suave murmullo invita al descanso.

Vamos á describir un aparato denominado surtidor atmosférico que merece llamar la atención por su elegancia y por su ingenioso mecanismo. La figura 1 representa el aparato en su conjunto, la figura 2 una sección vertical del mismo.

Compónese el surtidor atmosférico de dos recipientes simétricos superpuestos, A y A' (fig. 2), unidos por un tubo B atravesado en el centro de su longitud por una pieza central fija C, alrededor del cual pueden girar los recipientes: esta pieza tiene tres orificios *b*, *c*, *d*, que permiten las siguientes combinaciones: 1.ª, *b* pone en comunicación el recipiente inferior A con una taza D colocada más arriba por medio del tubo E y del *a* fijo en el tubo B, que une los dos recipientes; 2.ª, *c* establece la comunicación entre los recipientes A y A' por el tubo *a'* fijo al B en la prolongación de *a'* (nótese que los tubos *a* y *a'* llegan hasta el fondo de los recipientes); 3.ª, *d* pone en comunicación el recipiente superior A' con la pieza F por medio del tubo G.

El aparato va montado sobre cuatro pies de hierro que contienen una jardinera, en la cual hay la taza donde cae el agua formando surtidor.

Veamos ahora cómo funciona el aparato: los dos recipientes pueden llenarse de dos modos, ó por el tazón D echando agua por los tubos E y *a* (fig. 2), ó simplemente quitando los corchos *f* y *f'* que sirven para vaciar el aparato y pueden servir también para llenarlo.

Supongamos el recipiente A y el tazón D llenos de agua: entonces el aparato no funciona, pues el surtidor está en comunicación con A', que únicamente contiene aire, por medio del conducto G y del orificio *d*.

Si trocamos la posición de los recipientes de modo que el lleno esté arriba, el tazón está en comunicación con el inferior A, vacío, y el surtidor con el superior A'; A se llena lentamente por el agua que cae de A' y la presión del aire sobre esta agua la obliga á subir por el surtidor para caer en la taza, produciéndose un chorro de agua que durará todo el tiempo que tarde vaciarse el recipiente de arriba y cuya altura disminuirá cuando esté para terminar la operación.

Para empezar de nuevo bastará cambiar la posición de los dos recipientes y así sucesivamente, de modo que el agua es siempre la misma, bastando añadir de cuando en cuando la suficiente para compensar la pérdida que se produzca por la evaporación.



Fig. 1. Surtidor atmosférico de salón

Para recrear la vista pueden ponerse algunos pececillos de colores en la taza que siempre contiene agua; y en el caso de que á la piscicultura se prefiera la higiene, esta agua puede mezclarse con un antiséptico para purificar las habitaciones de los enfermos.

El aparato es sólido y de construcción elegante; la cesta, los recipientes y los pies están pintados y barnizados y el tubo central que hace girar los dos recipientes es de metal niquelado, de manera que por poco adornada que esté la cesta con algunas flores de bellos matices, se tiene un pequeño mueble decorativo del mejor gusto, doblemente recreativo por prestarse á la contemplación de los diminutos seres acuáticos, ó en otro caso de reconocida utilidad si el pequeño depósito de agua se destina á contener substancias antisépticas.

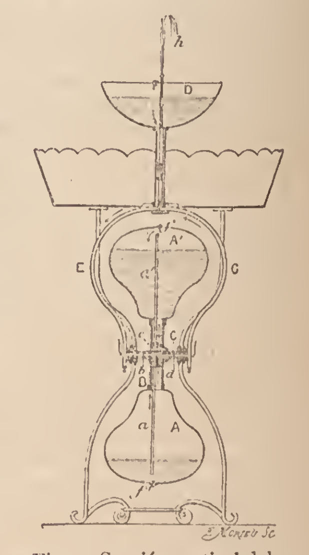


Fig. 2. Sección vertical del surtidor atmosférico de salón

(De *La Nature*)



FEBRERO, cuadro de D. Emilio Sánchez Perrier, propiedad del Estado. (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, 1891.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SOLOS DE CLARÍN, *por D. Leopoldo Alas.* – La primera edición de este libro se publicó en 1881, y aun cuando el autor confiesa en el prólogo que desde entonces acá ha variado de gustos y opiniones respecto de muchas personas y no pocas cosas, lo cierto es que los artículos que contiene se leen con el mismo gusto que si estuviesen recientemente escritos. ¿Cómo no, tratándose del literato que desde hace tantos años tiene sólidamente asentada su fama? Casi todos los trabajos que abarca esta obra son de crítica literaria, y con decir esto y tener en cuenta la competencia que en estas materias nadie puede negar á D. Leopoldo Alas, dicho se está cuánta enseñanza, además del deleite, puede sacarse de ellos. En hermosa galería desfilan las personalidades de nuestros más insignes escritores retratados en sus principales obras: Amador de los Ríos, Menéndez Pelayo, Castelar, Ayala, Echegaray, Sellés, Valera, Pereda, Alarcón, Galdós, Campoamor y tantos otros aparecen literariamente retratados y estudiados de mano maestra.

Contiene el libro un bellísimo prólogo de D. José Echegaray y está profusamente ilustrado por Angel Pons, cuyo nombre nos releva de todo elogio porque él mismo consigo los lleva.

Editada por Fernando Fe, de Madrid, véndese la obra al precio de 4 pesetas en las principales librerías.

***

PERSONAJES ILUSTRES. VENTURA DE LA VEGA, *por don Juan Valera.* – Muy interesante es la biografía de Ventura de la Vega que acaba de publicar D. Juan Valera en la colección de *Personajes ilustres* que con tanto éxito publica en Madrid la casa Sáenz de Jubera hermanos. Son pocas páginas, no pasan de 68, pero valen por muchas, como escritas por el autor de *Pepita Jiménez* y consagradas al de *El hombre de mundo.*

Véndese el folleto al precio de UNA peseta en las principales librerías.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 12 de octubre de 1891 — Núm. 511

UN REGALO SORPRENDENTE, *por Padrós*



1



2



3

CON UN PALMO DE NARICES



1



2



3



4



5

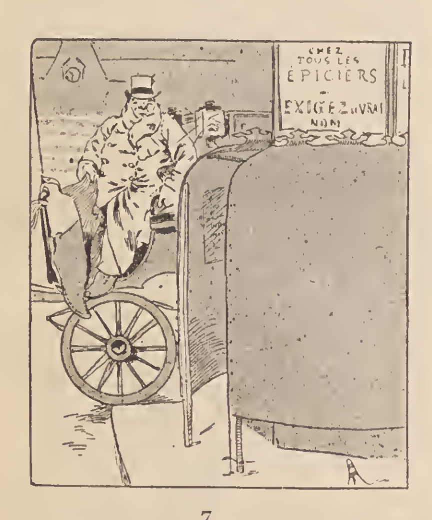


6

(Continúa en la pág. IV)

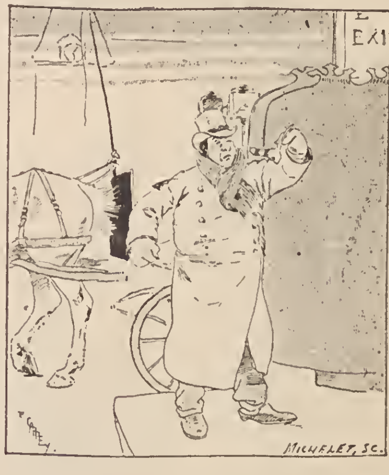
(Véase la pág. III)

CON UN PALMO DE NARICES



7


8



9


Tipografía LA ACADEMIA Barcelona